

una tristeza decente



salvador marinero

UNA TRISTEZA DECENTE

SALVADOR MARINARO

salvador marinaro
una tristeza decente



marinero, guillermo salvador
una tristeza decente / guillermo salvador marinero. - 1a ed. - río tercero:
nudista, 2019.
libro digital, epub

archivo digital: descarga y online / isbn 978-987-1959-87-7

1. cuentos. I. título.
CDD A863

ficha técnica

fotografía de tapa - lucila carzoglio
diseño y edición - martín maigua

contactos

contacto@editorialnudista.com.ar

facebook: @edinudi

twitter: @edinudi

lee este título también en nuestra biblioteca: biblioteca.editorialnudista.com.ar

visita nuestra tienda virtual: tiendanudista.com.ar

www.editorialnudista.com.ar



queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier
medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

LAS FORMAS DEL OLVIDO

Mi hermano toma un leño de quebracho y lo tira al fuego. Las brasas chispean contra los ladrillos de la parrilla. Con un soplador apunta al centro amarillo de las brasas y las hace vibrar. Un borde naranja avanza por la punta más delgada del leño hacia el centro. Entonces mi hermano corre el soplador y deja que el fuego nazca: una llama pequeña pero intensa, casi bordó. Busca una pinza debajo de la bacha, sostiene un pedazo de hierro largo como un dedo y lo coloca en el centro del fuego. La llama lo envuelve y el hierro cambia lentamente de color. Luego deja la pinza junto a un balde con agua y se sienta en un tacón de algarrobo que usa de banqueta. Yo sirvo un vaso de vino y se lo alcanzo.

—Está bueno —dice.

—Está bueno —le digo.

Con la pinza saca el hierro, lo apoya sobre un yunque aferrado a la bacha y busca un mazo con la mano libre. En la terraza de un edificio de siete pisos de viviendas, mi hermano martilla con violencia. Da un golpe. Un montón de chispas saltan hacia la oscuridad y el sonido es una campanada que se expande de la parrilla a los edificios que rodean la terraza. Da otro golpe y el ruido se vuelve más agudo. Da varios golpes secos y cortos. Después deja el martillo en el suelo y se seca el sudor con la mano, tiene la frente cruzada por tres vetas de hollín.

Le pregunto si los vecinos se quejan del ruido.

—No se quejan del ruido.

Casi de un día para el otro mi hermano, el empleado de la municipalidad, empezó a martillar hierro. Buscó lecciones en revistas de manualidades y videos por Internet sobre “cómo fabricar cuchillos”. En poco tiempo, se

transformó en un experto sobre templado, tipos de filo y dureza de los metales. Ahora toma la pinza y devuelve el hierro al centro del fuego. Le pregunto por su hijo y él se demora, busca el vaso al costado del tacón de algarrobo y le da un sorbo.

—El Pedri anda bien.

Cuenta que mi sobrino cumplió seis años la semana pasada y alquilaron un pelotero cerca de la casa del abuelo. El aguinaldo alcanzó para una fiesta con los amigos y compañeritos del colegio. Vino el hijo de Assat, un adolescente rubiecito que hizo de animador. Los hizo saltar, bailar y cantar y al final los nenes se llevaron una pelota y una bolsa con un autito y un silbato.

—Si lo hubieras visto... estaba tan contento —me dice y vuelve los ojos al fuego —Tendrías que ir a verlo.

—¿A dónde? —le pregunto.

—A lo del abuelo.

Siempre me llamaron la atención las personas que adquieren el punto de vista de sus hijos. Llaman tíos a sus hermanos, abuelos a sus padres y mamá a la esposa. Sin hacerle preguntas, dejo que mi hermano continúe con su rito. Él acerca la pinza al fuego y extrae el hierro que adelgazó después de la golpiza. Lo mira de costado, ya empieza a cobrar forma de cuchillo. Luego, lo apoya sobre el fuego y explica: mandó al Pedri a la casa del abuelo, le dijo que mamá se había ido de vacaciones al Sur. El abuelo va a cuidar del chico hasta que todo esté más acomodado y mi hermano pueda explicarle lo que sucedió con delicadeza.

—Hiciste bien —le digo y sumerjo la boca en el vaso de vino.

Él vuelve a martillar con fuerza. Extiende el hierro hasta que se dobla en una punta; la curva se va tensando, hasta que marca un pliegue sobre sí misma. Cuando apenas se puede ver un hilo oscuro en el medio del hierro, lo devuelve al fuego.

—¿Cada cuánto hacés esto?

—¿Qué cosa?

—Esto. Martillar hierro.

—¿Forjar?

—Sí.

—Cuando puedo.

“Puedo”: hace unas horas prendimos fuego para un asado. Cuando terminamos de comer, me pidió si podía aprovechar las brasas. ¿Aprovecharlas para qué? Para forjar un cuchillo que empezó la semana pasada. El cuchillo, que ahora es un plátano ardiente, será un regalo para mi sobrino. Cuando lo termine, con una pulidora va a grabar el nombre del Pedri y le hará un mango de quebracho. Después con lija y grasa le va a dar brillo.

—Lindo regalo —le digo.

—Si querés, te puedo hacer uno.

Se lo agradezco. Sentado en el tacón de algarrobo afirma con la cabeza, una brasita le tiñó la nariz. El hierro incandescente da un pitido suave que se va apagando. Mi hermano se levanta y dice:

—Así son las cosas —una afirmación que usa cada tanto y yo no sé si se refiere a su esposa, a su hijo o a sí mismo.

Entonces vuelve a martillar, las luces de la forja iluminan la noche de ráfagas cortas e intensas. Sumerge el hierro amorfo en el balde con agua, una nube gris estalla en un silbido de vapor y humo. Él se sienta y deja los brazos colgando en un gesto de satisfacción y cansancio: su mano izquierda, la del martillo, está hinchada y roja. Le digo que debería hacerse ver.

—Está bien —me contesta y la esconde detrás de la espalda —mañana no se va a notar.

Toma un sorbo de vino y mete la mano hinchada en el balde de agua, se detiene en esa posición y suspira de placer. Después descubre el cuchillo a medio fabricar, la luz del farol se refleja en uno de los costados, brillante y azul. Me lo alcanza y lo miro de ambos lados.

—Te está quedando bien —y siento que aquel objeto tosco, añorado y prehistórico representa de alguna manera a mi hermano. Le devuelvo el cuchillo. Él revisa el borde buscando la comisura del pliegue, describe una cuestión técnica que no entiendo sobre flexibilidad y dureza. Toma el mango del balde y me pide que pasemos a su departamento. Lleva el cuchillo, la sopladora y el balde mientras yo cargo el resto de las herramientas. Bajamos hasta el segundo piso donde está su departamento. Haciendo equilibrio, busca la llave con una mano, está a punto de soltarlo todo y derramar un líquido turbio, mitad agua mitad suciedad, hasta que logra encajar la llave en el picaporte. Empuja la puerta y prende la luz con el dorso de la mano: en la pared de la sala cuelgan cuchillos, cimitarras árabes, floretes, marines,

navajas, machetes que compiten con platos de algarrobo y láminas talladas de pino.

—Te preparé el sillón —dice y señala seis taburetes con un colchón y una almohada en la parte de atrás de la sala. Le pregunto dónde puedo dejar sus cosas y señala el cajón giratorio de la cocina. Lo abro: está lleno de martillos, cinceles y lijas. Se va al baño y me da tiempo para examinar los círculos concéntricos de los platos en la pared, los cuchillos con sus iniciales sostenidos por dos clavos, los relieves de madera con montañas amorfas. Una navaja más pequeña y delicada se destaca en el centro: tiene las iniciales de su esposa.

Me siento en el colchón que se mueve ante mi peso. Escucho la canilla del baño y luego la puerta que se abre. Él vuelve en calzoncillos y camiseta. Me mira y se muerde el labio; puedo escuchar la respiración profunda y nasal. Ese es el gesto que usa mi hermano cuando no sabe cómo explicarse.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Mira al costado, como cuando él era un adolescente y yo un niño.

—¿Podés dormir conmigo?

El ruido de una sierra atraviesa la ventana y me golpea de lleno en la cara. Abro los ojos y veo a mi hermano parado detrás de la cortina, inspeccionando un jacarandá, cuyas ramas llegan a la altura de la ventana.

—Están podando.

Su afirmación es parte del ruido: ¿a quién se le ocurre podar a esta hora en un fin de semana? Mi hermano sostiene un jarrito de madera con café del cual sale el vapor en espiral. En el borde del jarrito se leen sus iniciales.

—Arriba, arriba —dice y extiende las sábanas para destaparme.

El ruido de la sierra me sacude y me doy cuenta que no podré permanecer acostado por mucho más tiempo. Me siento en el borde de la cama y voy hacia la ventana. Dos hombres trepados con arneses y armados con sierras cuelgan del jacarandá, uno de ellos da instrucciones al otro para cortar una de las ramas más gruesas. Mi hermano se va hasta la cocina y sirve un café en un segundo jarrito. Me invita a desayunar en la sala, rodeado de los cuchillos y platos colgantes.

—¿Querés tostadas? —me pregunta.

Se las acepto. Percibo cada objeto en pedazos: el café, los cuchillos, los tarritos, el olor a madera y grasa que impregna la piel y las paredes del departamento. La primera claridad del día son estas tostadas que mi hermano raspó hasta el límite de la transparencia.

Las pruebo.

—¿Están buenas?

Le digo un sí corto. Mi hermano se muerde el labio y respira: va a pedirme algo de nuevo.

—Necesito que me des una mano.

—Con qué —le contesto sumergido en el café con leche.

—No es nada.

—...

—Están podando.

—Ya sé que están podando. Se escucha que están podando hasta en las oficinas del frente.

Insiste. Vio los tacones de jacarandá tirados en el contenedor de la basura de la esquina. Su tono pasa de explicativo a suplicante y me pide que lo ayude a cargar los restos de la poda, que después se transformarán en mangos de cuchillos, jarritos de café y platos. Nos va a llevar poco tiempo cargar los tacones en el baúl del auto, llevarlos hasta el garaje y él se encargará del resto.

No le contesto.

Él continúa con una exposición detallada sobre las necesidades de un hombre y la importancia de tener pasatiempos. Mi hermano siempre tuvo un don para lo teatral, una manera de elegir las palabras y doblar la voz como si hablase arriba de un escenario. Solo faltan las luces y el telón.

—Vos sabés bien lo que significa para un hombre tener una distracción en los momentos de soledad.

Acepto con una condición: que me deje desayunar en paz. Me detengo en cada acto, me cambio la camiseta y me cepillo los dientes con lentitud. Vuelvo a la cocina y él está con la llave del departamento en la mano, me mira como un perro cuando lo sacan a pasear. El ascensor está interrumpido. Como él no aguanta, bajamos las escaleras de dos en dos escalones. En el subsuelo hay un

par de autos estacionados, el de mi hermano tiene el asiento trasero cubierto por botellas de gaseosas, bandejas de comida rápida, revistas de manualidades y guías prácticas de carpintería. Me pide perdón por el desorden, mientras me siento en el lugar del acompañante. Arrancamos, dobla en la esquina y busca con la cabeza fuera de la ventana el contenedor donde apilaron los tacones del jacarandá. Detiene el auto detrás del montículo de ramas y madera junto al contenedor. Bajamos, él deja abierto el baúl con habilidad operativa y se dirige al montículo. Revisa la pila, señala y elige el leño más grande.

—Este es perfecto —y yo lo insulto por lo bajo.

Despeja las ramas y se acuclilla para tomarlo por la base. No puede solo.

—¿Me vas a dar una mano o no?

Pide que lo ayude en una posición ridícula, con las rodillas dobladas, apoyándose apenas sobre el piso como una rana. Me agacho como él, entre los dos lo levantamos y caminamos de a pasitos hacia el baúl. A mitad de la vereda entre el contenedor y el auto, una de las manos se suelta (¿la mía? ¿la suya?) y al soltarse el leño se inclina y raspa la mano izquierda de mi hermano. No tiene tiempo de reaccionar porque el leño ya está en el piso y en el camino le golpeó las piernas, el pie. Se sacude la mano para despejar el dolor. Se muerde y se apoya sobre el auto. Maldice.

Yo tengo apenas un raspón en el codo, me acerco para preguntarle si está bien. No responde. Se sube rengueando al auto y da un portazo. Me subo con él.

—Déjame ver eso —la mano está hinchada, con la piel tensa y roja y las marcas nítidas del golpe—. Tenemos que ir al médico.

Mira hacia atrás por el espejo retrovisor a un chico en la calle que pasea a su perro, mientras nos examina. Debe haber visto toda la secuencia.

Mi hermano cierra los ojos y toma aire.

—La extraño tanto —dice y deja apoyada la mano sobre el volante.

LA MARILÍN

Buscó un pomo detrás del espejo del baño, lo apretó, puso tres gotas en su cara y las esparció, un poco de color a las mejillas y se pintó los ojos con una sombra blanca y un toque de celeste. Se puso rímel pronunciando la curva de las pestañas y *rouge* en los labios. Bien rojo. Miró su perfil en el espejo y se dijo qué bien merecido tenía su apodo, la Marilín. Repitió hermosa, hermosa y tuvo una erección. Sonrió y siguió maquillándose.

La Marilín buscó la bombacha y el corpiño con flecos; se vistió y repitió los pasitos que haría en el baile. Abrió el ropero y se puso el saco que le llegaba hasta las rodillas. Salió a la calle y al pasar, distinguió las voces de unas conocidas que hablaban y se reían. Las saludó con una mano, mientras prendía un pucho, y no se dio vuelta cuando le gritaron ahí va Doña Patrón, la esposa marica de Segundo. Celosas, pensó.

Los comparseros aparecieron cuando dio la última pitada. Doblando en una esquina, asomó la chata llena de sombreros, panderetas y un palo con la calavera de una cabra. Frenó donde estaba la Marilín, ella tiró la colilla al suelo y la pisó. Dos hombres se bajaron del asiento delantero, la saludaron con un beso en cada cachete y acomodaron los gorros para sentarse en la caja. El conductor se bajó, dando órdenes:

Aten bien eso que se va a caer.

Después le ofreció una mano a la Marilín para que se subiera a la chata. El conductor tenía el pelo largo atado con una gomita y la cara larga como un caballo. Chequeó que todos estuvieran bien, golpeó la ventanilla, dijo agárrense y arrancó. La Marilín tiró un beso por la ventana para saludar a las chicas que seguían esperando.

En el camino, vio las banderitas de colores que colgaban de los cables en la única calle pavimentada del pueblo. Pararon en una esquina, el conductor le

abrió la puerta y se desató el pelo largo, antes de buscar entre los sombreros unas panderetas y un chaleco con telas de colores. La Marilín se río y dijo así es el carnaval, los indios se visten de indios y los putos se destapan. Los comparseros se rieron y en ese instante la Marilín se quitó el sobretodo y descubrió las plumas de colores que le colgaban de los hombros. Ella tiró el tapado en el asiento de atrás y sujetó el corpiño con broches para el pelo. Los dos comparseros se treparon a la caja para desatar el gorro mayor. Lo sostuvieron mientras el conductor se agachaba para engancharse. El brujo se había puesto las botas rojas de *cowboy*, un chaleco de lana, un antifaz violeta y llevaba en la mano el palo con la calavera que parecía reírse. Cuando vio que todos estaban listos, indicó las posiciones y marcó el compás.

Primero lento, después ya saben, tienen que sorprender, hay que hacer que las luces cambien de colores cuando nosotros pasemos, comandó el Brujo.

Para eso la tenemos a la Marilín, dijo el conductor y ella se río con las tetas.

El brujo iba adelante para marcar el ritmo, el conductor caminaba dando dos pasos al frente y uno atrás. A los costados, los otros repetían el compás con panderetas y entonaban las canciones que habían preparado. La Marilín bailaba en el centro como solo ella sabía hacerlo. Paso y contrapaso. Empezaban a coser los vestidos en la primavera y tenían todo listo para diciembre. Quedaban dos meses para preparar la coreografía y juntar la plata para pagar las telas. Cada noche de enero, después de las prácticas, ella seguía bailando sola en su cuarto. Brillaba con el corpiño puesto, mientras daba los pasitos y tiraba besos hacia el placar y el espejo de su habitación. Desde que empezó a bailar con los comparseros, ella era la estrella del carnaval, salvo el año que no pudo salir por los moretones. Caminaron hasta un pasacalle que marcaba el principio del desfile. Ella se agachó para cruzarlo, las luces iluminaban el asfalto y las banderitas. Cuando puso un pie del otro lado de la lona, sintió que todo se transformaba.

El brujo golpeó tres veces el suelo, los dos comparseros empezaron a cantar qué voy a hacer si me dejas solo, que voy a hacer, ay no, ay no. La Marilín tiraba besos a las gradas, pensaba que nunca, nunca, los iba a dejar solos a ellos, a los comparseros, a Segundo ni a toda la gente que iba a verla. Le tiraron harina, espuma y agua y ella se reía de cómo la miraban, del deseo

que generaba en los hombres al pasar. Sonreía y caían papelitos. Las ganas de encontrar a Segundo crecían con cada baile y cada bombo. Paso y contrapaso. Ella imaginaba que estaban solos y lo tomaba de la mano y se lo llevaba al hotel del centro. Se rio al imaginarse a las viejas pacatas y a los fruncidos ilustres de la familia Patrón, ver a Segundo pasar de la mano con una mujer como ella. La Marilín le tiró besos al árbol genealógico de Segundo y con esa imagen mantuvo la sonrisa para que todos la vieran como la rubia más imponente. Bailaba y los comparseros marcaban el paso con las panderetas y cantaban. Qué voy a hacer si me dejas solo, que voy a hacer, ay no, ay no. Un hombre saltó el vallado y se puso al frente de la Marilín, bailaba sacudiendo la cadera, rozándole las piernas, como si el sexo lo empujara hacia ella.

Los moscardones se desvanecían en los reflectores con un chasquido. La Marilín quería que la noche se hiciera larga, que las tres cuerdas de vallados y gorros se extendieran más allá del parque, más allá de la línea de moteles donde iba con Segundo. Una bombucha se reventó sobre el piso y le salpicó los tacos. Ella bailaba, los comparseros entonaban la comparsa borracha, no ladea su compás, no ladea su compás. Entre las gradas, creyó ver la melena rubia de Segundo que resplandecía como la piel de un tigre a la luz de los reflectores. Una segunda bombucha se reventó entre la Marilín y el conductor. El olor picante de la orina se desprendía del manchón oscuro en la calle. Paso y contrapaso. Cuando le tiraban naranjas podridas o bombuchas de pis, ella sonreía y bailaba con más ganas. El conductor se detuvo, dejó el gorro en el piso, buscó una piedra y la tiró hacia el público. La Marilín dio un giro completo con los brazos en el aire, el conductor se agachó para ponerse de nuevo el gorro. Cinco, seis hombres de camperas deportivas del Rugby Club le fueron al cruce. La Marilín no lograba distinguir bien lo que sucedía. El brujo se detuvo, el más gordo empujó al conductor, que se apoyó contra las vallas y le contestó con una piña. Los otros se arrojaron en bloque. El brujo tiraba chicotazos con el palo, mientras los dos comparseros soltaban las panderetas y se trenzaban con los que intentaban frenar al conductor. La Marilín, orgullosa de aquel hombre, mitad indio mitad conductor de una chata que hacía mandados los días de semana, se sacó los tacos y amenazó a uno con la punta del zapato. Otra comparsa venía a pocos metros, se detuvo y entró en la pelea. Ella pensaba que el carnaval es así, en la pelea todas las comparsas somos amigas, pero no en el baile.

Tómensela, dijo el conductor cuando el gordo desapareció entre las gradas. Se apoyó sobre las rodillas y respiraba agitado. No van a pararnos un par de pendejos, le dijo la Marilín. El conductor sangraba de un labio. Con los pómulos enrojecidos, él la miraba tomando aire de a bocanadas. No van a jodernos. Se sentó, mientras la otra comparsa avanzaba de a pasos sincronizados. Tardó en ponerse de pie, se acomodó el gorro y rengueando, comenzó el compás. Cada uno volvió a su lugar. La Marilín, de nuevo en sus tacos, dio sus pasitos. Qué es un carnaval sin pelea, dijo el brujo y marcó con el palo de la calavera. La comparsa borracha no ladea su compás, no ladea su compás.

Todavía quedaba una cuadra que se hacía más larga por los pasos entrecortados del conductor. La Marilín sentía en la boca el sudor salado que se mezclaba con el maquillaje. Se movía sabiendo que Segundo iría a buscarla después del carnaval. Siempre venía sediento, con la cara de perrito suplicante que ponía al bajar de su auto platinado, le decía vamos, rubia y le indicaba la puerta con un guiño. Ahora, las banderitas de la calle se perdían en la oscuridad donde terminaba el desfile. Paso y contrapaso. Una noche mientras los comparseros terminaban de ordenar los gorros, ella les dijo que se iba a buscar puchos. El conductor ofreció llevarla y ella que no y no, vos tenés que arreglar el gorro que está hecho un desastre. Los otros no le dijeron nada. Salió y caminó hasta la esquina del parque, esperando que apareciera Segundo. Ella tenía las manos en el bolsillo de la campera de cuerina. Después del baile siempre le agarraba frío y a esa hora el calor del verano cedía y la humedad mojaba el pasto y la vereda. La Marilín sintió el viento fresco en la cara, prendió un pucho y dio unas pitadas hasta que apareció el auto con las luces altas. El auto era negro.

Cuando se acercó a la ventanilla, los amigos de Segundo, esos pendejos que siempre le hacían la cohorte, la agarraron con piedras y bombuchas congeladas. Ella se tapó la cara, aunque la espalda se le llenó de moretones que tardarían semanas, meses, en irse. Segundo estaba en el asiento de atrás y se reía, la Marilín no lo vio, pero escuchó su risa. Se tiró al piso, cubriéndose con la campera en la mano, hasta que el auto salió disparado. Más tarde, el conductor la encontró en el piso.

Hijos de puta, dijo, y la subió a la chata. En el hospital, apenas la vieron,

una enfermera contestó que no hacía falta despertar al médico que estaba de guardia, tampoco hacer la denuncia a la policía. Así es el carnaval, ya estamos desbordados, y le dio unas pomadas que apenas calmaban el ardor. El conductor llamó a la Marilín todas las noches que siguieron. Antes de mostrarse así, ella prefería quedarse en el departamento y dejó de atender su teléfono.

Segundo volvió a aparecer, cuando se le fueron las marcas. La Marilín se hizo la difícil esa noche, esperó que le rogara varias veces, que le dijera que la llevaría al hotel del centro y que le dejaría plata como para una semana. Andate pendejo, aunque ya sabía que se iría con él. Al final, ella se merecía tanta plata y ruego. Paso y contrapaso. La comparsa ata el barrilete al cielo, nada detiene al carnaval, nada detiene al carnaval, el brujo levantó el palo de la calavera, los comparseros golpearon las panderetas y la Marilín dio un giro como gran final. El conductor se apoyó sobre uno de los postes y los comparseros lo tomaron de los hombros para llevarlo hasta la chata. El brujo acomodó el gorro mayor y los cuatro se pusieron como habían venido.

Fue el mejor carnaval de todos, dijo el conductor entre dolorido y exhausto. La Marilín, sentada al lado, le dio un beso en la mejilla. Él corrió una mano del volante y la miró como un galán de televisión con el ojo hinchado.

¿A dónde vamos, rubia?

Con vos al cielo, pero hoy no llegamos a la esquina.

La Marilín se acomodó los broches del corpiño y se tapó con el saco. Pasó un brazo por el hombro del conductor. Él tenía que recuperarse, saquitos de té en el ojo, trapo con hielo en los cachetes y descansar por un día o dos. Después saldrían a festejar el mejor carnaval de todos. El conductor sonrió ¿no te estarás yendo con otra comparsa? Y ella no y no, era fiel a sus comparseros, pero estaba mareada de tanto baile y él tenía que acostarse, después tendrían la fiesta que merecía el mejor carnaval de todos. El conductor mantuvo los ojos en el parabrisas.

Te tomo la palabra, rubia, y la llevó hasta la esquina del departamento. Le preguntó si no quería que la acompañara hasta la puerta, ella le dijo ahí está bien y lo saludó pidiéndole que se cuidara.

Ella bajó y le tiró besos cuando dijo que no olvidara la fiesta que le había prometido. La chata arrancó y los comparseros la saludaron desde la loneta.

Cuando dejó de sentir el ruido de la chata, se paró en una de las esquinas donde había un caserón abandonado. Imaginó la cara de Segundo, que venía a rogarle que se fuera con él a un lugar donde siempre fuera carnaval. Pasó un auto. Tocando la bocina, la Marilín se paró y saludó haciendo el baile de la comparsa. Se volvió a sentar y prendió un pucho. Las luces del auto plateado la encandilaron. Venía rápido y con la música al palo. Frenó donde estaba la Marilín, que caminó desde el pórtico hasta la vereda, se dijo que a esta hora él debía estar sediento por encontrarla, con la carita de perro en celo. Se agachó a la altura de la ventanilla.

Cuando el vidrio se bajó, la Marilín vio que Segundo Patrón estaba con dos amigos de camperitas deportivas. Se reían. Uno de ellos hizo un movimiento hacia atrás y dejó que Segundo se acercara.

¿Cómo andás, rubia?, la Marilín no le contestó. ¿No te va un tres de espadas? La bandita se movía al unísono tratando de ocultar las risas. Ella miraba hacia la otra esquina, donde se habían perdido los comparseros. Se mordió el labio. Vamos, vos te la bancás, le dijo y le hizo un guiño. La Marilín cerró los ojos con fuerza, recordó el desfile que acababa de concluir y subió al auto intentando no escuchar las risas de los amigos de Segundo.

UN DÍA DE REYES

Marta está despierta pero todavía no quiere levantarse. Es el quinto día desde que llegó a la casa de su madre y no reconoce su antiguo cuarto. Mira las estanterías con muñecos viejos, las cortinas que tapan las persianas y se pregunta si su cuarto fue siempre así: oscuro y deprimente. Hoy prefiere pensar en otra cosa, va a cocinar pancakes para sus dos hijos, después los va a llevar al shopping para que compren lo que se les antoje. Se pone de pie, abre las persianas de par en par y siente la luz cálida que se derrama en el cuarto. Piensa que los buenos días empiezan así, con mucha luz.

Se viste con la pollera azul y la remera que usó para dormir, promete cambiársela después de cocinar para no manchar la blusa nueva. Sale al pasillo que une su habitación con la de su madre, baja las escaleras, cuidando no hacer ruido. En el piso de abajo, cierra la puerta de la salita donde duermen Ceci y Marcos. Su madre con un mate en la mano la mira como si hubiera encontrado un trapequista en la cocina.

—¿Qué hacés despierta? —Marta la calla con un dedo y señala la salita —. ¿Qué pasa? —dice la madre.

Marta pone los ojos en blanco, le contesta en voz baja que va a arruinar la sorpresa que tiene preparada para los chicos. Ellos todavía están dormidos.

—Ah. Está bien —dice la madre y, parada en la puerta sin moverse, mira cómo su hija busca debajo de la mesada un bol, un paquete de harina, un tarro de azúcar y pone todo sobre la mesada de mármol.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta y Marta saca un par de huevos de la heladera, los rompe contra el borde rígido del bol.

—Pancakes. Bajá la voz

—¿Y eso qué es?

—Algo que les gusta a los chicos.

—¿No querés que te ayude?

Marta los quiere hacer ella misma. Le repite que pasó la noche viendo programas de cocina para saber exactamente lo que le gusta a sus hijos. “Esta es una receta para los más chicos”, había dicho la ama de casa sonriente que sale en la televisión los sábados a la noche.

—Como quieras —dice la madre y se va de la cocina.

—No hagas ruido.

Cuando está sola, Marta sigue la receta paso a paso. Mezcla los ingredientes y tapa la licuadora con el repasador. Reparte porciones de la mezcla en una sartén con manteca que silba. La mezcla se va coagulando hasta ser un óvalo marrón y blanco con olor a manteca y una textura gelatinosa. Arma pilas de pancakes en dos platos, guarda los más prolijos para ponerlos en la punta y cuando termina de prepararlos, espolvorea cada pila con un tarro de azúcar. Pone un dado de manteca en la punta. Luego, toma los dos platos con cada mano para llevarlos al comedor. Empuja la puerta de la cocina con la cadera. Sentada en la mesa, la madre le pregunta si quiere un mate.

—Esperá.

Acomoda los lugares donde Ceci y Marcos van a sentarse. Pone un plato y otro, después el tenedor, endereza los cuchillos. Cuando la mesa parece una postal, solo interrumpida por la abuela que lee una revista con el camión corrido, abre la puerta de la salita de par en par. Las ventanas tapadas, la ropa en el piso, el short de Marcos colgando de uno de los veladores y las zapatillas rosas de Ceci en extremos opuestos dan la sensación de un campo minado. Hace cinco días la salita se transformó en un dormitorio para que los chicos tuvieran su espacio. Ceci y Marcos, repartidos cada uno en un sillón, se retuercen con el ruido de la puerta. Marta se acerca, dice que tiene una sorpresa para los dos. Marcos se enrosca sobre las sábanas que se desprenden de los almohadones de cuerina.

—Les tengo una gran sorpresa —repite.

—¿Qué sorpresa? —pregunta Ceci bostezando.

—Primero, vístanse —Marta busca el pantalón de la nena, lo enrolla y se lo pone sobre el pijama, la remera de voladitos está detrás del otro sillón. Como su hijo no da señales de levantarse, lo destapa y busca la ropa hecha un bollo detrás del velador.

—Ya va, ya va —le contesta Marcos, mientras su madre amenaza con ponerle el pantalón. Se sienta en el borde y estira un brazo para agarrar el control remoto apoyado sobre la mesa ratona.

—No prendas la tele.

—¿Por qué?

—Porque no —le dice.

—¿Y qué pasa si la prendo? —Marcos, con el pelo revuelto y la remera corrida sobre el hombro, sostiene el control remoto en un gesto de hombría, sin apretar un botón ni apoyarlo sobre la mesita.

Marta entiende el movimiento de Marcos y le responde al pasar, mientras toma con una mano la remera de Ceci que se deja vestir sin resistencia.

—No vas a tener pancakes.

Marcos no baja la guardia, pero se lo ve tentado. Marta sabe que en el momento después del desayuno comenzará un día distinto: los pancakes, el shopping, los chicos riendo y la imagen que tanto necesitan como familia. Y quién sabe si, después de hoy, todo empieza a cambiar, porque los días felices marcan un antes y un después.

Marcos busca la ropa, en el camino alcanza una de las zapatillas de su hermana, y deja el control al lado de la lámpara con plafón de vidrio que la abuela prohíbe tocar. Cuando los chicos ya están vestidos, Marta indica el comedor con el gesto de la cocinera de la televisión: “La mesa está servida”. Los chicos se sientan a cada lado de la abuela, donde están los platos con sus cubiertos.

—¿Qué es esto? —pregunta Marcos.

Mira a su hermana que toma los cubiertos y duda si empezar a comerlos.

—Pancakes... Como en los dibujitos ¿Ven? Tienen la manteca arriba — dice Marta.

Marcos busca con el tenedor y el cuchillo una punta que sobresalga. Selecciona el de arriba, lo pone en uno de los costados del plato, levanta el bocado con cautela y lo prueba. Después, escupe sobre el plato.

—¿Y ahora qué te pasa? —dice Marta.

Ceci todavía no maneja bien los cubiertos, su madre los puso para conservar la simetría de la mesa, las porciones son desmesuradas para la nena. Ahora, Marcos continúa con sus caprichos y no entiende el juego que les

está proponiendo, Ceci pasa la lengua por la pila y muerde uno de los pancakes. Marta espera el gesto de aprobación que dejará en evidencia a Marcos que solo busca culparla por los días de encierro en esa casa. Pero la aprobación de Ceci se retrasa, dos, tres segundos más de lo esperado y, en su lugar, la nena frunce la cara, tensa la nariz y saca la lengua con una mezcla apenas cocida y humeante.

—¿Qué pasa? —repite Marta.

—Están salados —contesta Marcos—. ¿Son salados?

—¿Cómo que están salados?

Marta sabe que su hijo nunca los probó, pero también sabe que no son salados. Él debe tener una idea por esas torres doradas con una corona de manteca que aparecen en los dibujitos animados y representan el mejor desayuno posible para una mañana de fiesta. Quizás ni dulces ni salados, a lo sumo algo intermedio. Marta toma el tenedor de su hija y prueba un bocado de los pancakes, mastica y va a la cocina. Vuelve sosteniendo el tarro, lo pone en la mesa al frente de la abuela, como si fuera la evidencia de un crimen.

—¿Qué tenía esto? —le pregunta. La abuela, por primera vez desde que se sentaron, levanta los ojos de lo que está leyendo.

—Qué sé yo —le dice.

Marta pasa la punta del dedo por el tarro y se lo lleva a la boca.

—¿Por qué no me dijiste que tenía sal?

—Yo nunca uso ese pote.

Marta deja el tarro en la mesa y suspira. Después agarra los platos con los pancakes en un solo movimiento, los apoya uno sobre el otro y empuja la puerta de la cocina. Abre el tacho de basura y vuelca los pancakes. Mira las pilas apelmazadas con la manteca a medio derretirse y respira hondo. Aún queda todo el día por delante, ahora los va llevar al shopping y que compren lo que se les antoje. En solo un momento, todo el mundo se habrá olvidado del episodio.

Vuelve al comedor, Ceci juega con los cubiertos en la mano. Marta les dice a los dos chicos que ya no importa.

—¿Qué cosa no importa? —contesta Marcos. Marta respira y cierra los ojos un segundo, todavía el olor de la manteca invade el comedor. Dice con calma que ella sabe muy bien que estos días fueron muy difíciles para los tres, que ella también extraña la casa y cómo eran antes las cosas, pero que hoy

quiere que disfruten juntos. Hoy será un día de reyes.

—Sí, un día como reyes. Vamos al shopping, almuerzan lo que quieren y les compro lo que me pidan.

Cruzado de brazos, Marcos la mira. Él sabe -o eso intuye Marta- que de su respuesta depende el resto del día.

—¿Qué? ¿Hoy es el cumpleaños de alguien? —pregunta.

—No, no —dice Marta—. No entendés, hoy es un día especial para que disfrutemos juntos.

Ceci le ofrece la mano a su madre.

—¿Va venir la abuela?

Marta mira a la abuela, que abre la boca para responder, y ella, por encima de la nena, niega con la cabeza en un movimiento corto y nervioso. Movimiento que parece hecho por un gato.

—No, Ceci, ya molestamos mucho a la abuela.

—Pero yo quiero que venga.

—Pero no es molestia —la abuela responde sin cruzar la línea de fuego de Marta—. Me parece mejor que estén con su madre. Mañana, si querés...

—Así es. Ahora vayan a lavarse y nos vamos.

Marcos no se mueve. Marta le repite que va a comprar todo lo que él quiera, si se lava la cara, se peina y cambia de actitud.

—Así, no vas.

—Yo quiero ir así.

Marcos chista y entra al baño después de Ceci. Vuelve con el pelo lamido hacia atrás, con las marcas del peine que le separaron el pelo en fibras gruesas y brillantes. Los chicos se paran al frente de su madre a la espera de las siguientes instrucciones. Ella disfruta al ver que la obedecieron, que por fin el juego parece funcionar.

—Ahora sí: podemos irnos.

Se levanta, toma a cada uno de la mano y les pide que sean cariñosos con la abuela. Le dan un beso, la abuela se inclina sobre su silla para recibir los saludos y cuando los tres van hacia la puerta, le dice a Marta:

—¿Necesitás plata?

Marta decide responder al pasar, como si la pregunta no fuera un insulto. Le dice que no se moleste, que ella puede sola y no los espere a la hora de

almorzar. La abuela lanza un “diviértanse” y vuelve a sumergirse en las páginas de la revista. Los tres salen de la casa, toman el primer taxi que pasa. Marta indica al conductor la dirección del shopping, que no está lejos para ir caminando, pero quiere llegar cuanto antes. Los chicos se apoyan sobre el respaldo del asiento trasero, miran sin entender del todo lo que está pasando. Cuando el auto arranca, ella se da cuenta que todavía lleva puesta la remera estirada del pijama que no combina con la pollera azul. Pero hay que seguir adelante, hoy van a ser felices:

—Sé que los pancakes no estuvieron bien —les dice cambiando el tono de voz.

—Puaj —dice Ceci y desnuda la lengua.

—Ahora los voy a llevar a desayunar helado —hace el silencio de un maestro de orquesta.

—Yo no quiero helado.

—Bueno. En el shopping me decís lo que querés y lo compro.

—Quiero que venga la abuela —repite Ceci.

—Basta, chicos. ¿Que no saben disfrutar?

En las puertas de vidrio corredizas que dan la bienvenida al shopping, Marcos se detiene ante la gigantografía de una nueva consola de videojuegos. Marta toma de la mano a Ceci y le dice al chico que siga caminando. Los paneles se abren ante el movimiento y Marta siente el olor a desinfectante que marca la frontera hacia un mundo de alegría y diversión. Marcos los retiene, las imágenes de animales salvajes saltan desde la consola de videojuegos y bailan al compás de la puerta corrediza. Un paso adelante, Marta y Ceci de la mano cruzan el umbral. Adentro, ella se siente aliviada.

A esa hora de la mañana, una pareja de ancianos elige una cámara de fotos, dos adolescentes con el uniforme de una cadena de hamburguesas caminan rápido y un empleado de camisa gris, montado en una pulidora, lustra el piso.

—Tenemos el shopping para nosotros solos —dice Marta y sin sacar el tema del desayuno camina en dirección a la heladería. Su hijo se entretiene con las vidrieras de computadoras y celulares. Al frente de un mostrador tapizado de fotos con helados cubiertos de chocolate, ella se agacha para hablarle a Ceci y señala el pote más grande que venden. Ese que tiene trocitos de galleta y confites de colores. Ceci da un grito. Marcos vuelve a decir que

no quiere helado.

—Entonces, ¿qué querés?

—Nada. No tengo hambre.

—Pero tenés que desayunar algo

—Está bien. Quiero una leche chocolatada.

Marta se acerca al empleado vestido como un lechero con delantal blanco y gorro. Le pide el pote de helado y una chocolatada. Leche chocolatada no venden, solo helados y gaseosas. Piensa un momento, decide no continuar con la discusión y paga el helado y un vaso grande de Coca-Cola. Mientras los chicos están sentados en una mesa con sillas de plástico encastradas al piso, ella espera hasta que el empleado le extiende la bandeja con su pedido. Lleva el vaso de gaseosa y el pote con una cuchara enterrada en el chocolate derretido.

—No era lo que quería —dice Marcos.

—Pero si a vos te gusta la Coca-Cola.

—Quería una chocolatada.

—No hay leche chocolatada. Tenés que desayunar algo.

El chico se encoge de hombros, agarra el vaso de gaseosa, da un par de sorbos y lo pone sobre la mesa. Después mira hacia la puerta de entrada donde la consola de videojuegos da la bienvenida a una pareja con un carrito de bebé. Ceci devora su helado cucharada tras cucharada.

—No comas tan rápido, te va hacer mal —la nena no para hasta dejar el pote con las marcas de la cuchara raspando la base. Marta no se detiene ante la cara de Marcos, el gesto de satisfacción de Ceci ya vale por sus dos hijos.

—La siguiente parada... *Fantasy Land* —dice y se pone de pie. Lleva a Ceci sin ver qué hace Marcos, tarde o temprano el chico va a seguirlas.

Marcos empieza a caminar rápido y dice cuando las alcanza:

—Después volvemos a la casa de la abuela, ¿no?

Ella siente que a su padre no le debe hacer estos escándalos. Se los hace a ella que debe refugiarse en lo de la abuela, mientras el otro les niega entrar a la casa, sacar la ropa o los útiles del colegio. Se los hace a ella, porque el chico también es un hombre y entre los dos se entienden, complotan para dejarla fuera. Sin su casa, sin sus cosas y con los ojos vigilantes de su madre que la siguen a todos lados y la culpan de haber perdido a su marido. Y, ahora,

el chico la evalúa y, a través del chico, también la evalúa el otro. Le contesta que pagará cuantas fichas quiera, si para un segundo.

—¿Parar qué?

—De hacer esto.

Marcos le dice “está bien” en voz baja y camina lento. Ella piensa que el chico es al fin y al cabo hijo de su padre. Pero prefiere pensar en otra cosa. Ahora, se van a divertir en *Fantasy Land*. Caminan callados por el pasillo de mármol hasta la puerta del salón, donde los recibe un ruido de videojuegos, autitos chocadores y risas grabadas. Un cartel de letras brillantes titula *Fantasy Land* con dos estrellas gigantes.

Le da un billete grande a Marcos, que entiende la misión y se pierde detrás de los videojuegos. Ella le pregunta a la nena si quiere que jueguen juntas. Ceci se agarra la panza y dice que quiere irse con la abuela. Marta la sienta en un unicornio de plástico, con los ojos azules y las crines rosas. Pone las monedas de a una y el unicornio empieza a moverse al ritmo del Cascanueces. La nena se aferra del unicornio. Ella también parece un muñeco de plástico que se bambolea sin fuerza hacia delante y hacia atrás.

—Me-due-le-la-pan-za —dice Ceci.

—¿Qué?

—ME-DUE-LE-LA-PAN-ZA —dice y sin que su madre reaccione, ella se levanta del unicornio con las manos en la boca. Marta intenta sostenerla cuando la nena vomita ante los ojos del unicornio y la sonrisa de un pulpo violeta. Una mancha marrón mezcla de chocolate derretido, helado de vainilla, confites y pancakes se esparce sobre el mármol. Marta busca un pañuelo y le limpia la cara. La apoya sobre su hombro para calmarla, pero no es suficiente, la nena quiere irse. Ceci se larga a llorar, Marta busca con los ojos a su hijo que está concentrado frente a una pantalla apuntando con un rifle de plástico. Ceci llora con fuerza, le hace señas a Marcos que tarda en reaccionar: mira su juego, mira a su madre y vuelve a mirar la pantalla un segundo más. Después, deja colgando el rifle y camina de a trancos.

—¡Qué asco! —dice tapándose la nariz con el cuello de la remera.

—Nos tenemos que ir, Marcos.

—Pero estaba jugando.

—Tu hermana no se siente bien.

—Pero yo estoy jugando.

Marta acaricia la espalda de Ceci.

—Nos tenemos que ir.

—No es justo. Estaba a punto...

La nena se queja y llora con más fuerza. Marta, con una mano le palmea la espalda y se le ocurre una idea, que es como un bote salvavidas en el medio de un naufragio.

—Vamos a la juguetería y te compro lo que vos digas.

—¿Lo que sea? —pregunta Marcos.

—Lo que sea.

Entonces, Marcos dice el nombre de la más nueva, impronunciable y costosa consola de videojuegos que se haya inventado. La que vio en la puerta del shopping.

—¿Eso querés *realmente*? —pregunta Marta y siente que su hijo la está poniendo a prueba.

Marcos vuelve a decir el nombre de la consola. Marta contesta “así será” y camina decidida hacia a la juguetería. Lleva a Ceci apoyada en el hombro. Marcos sonríe con satisfacción y la nena parece calmarse, mecida por los pasos de su madre.

En la vidriera de la juguetería, ella ve la consola cubierta de letras doradas y rodeada por animales de cartón. Más abajo, está el precio. No importa, piensa, lo va a pagar cuando llegue la primera cuota del padre. Se imagina el instante cuando Marcos rompa el envoltorio, disperse los restos del papel en el piso de la sala y sonría como si fuera una navidad adelantada. Eso es lo que más necesita en el mundo, adelantar la navidad.

Apoya a Ceci en un banquito al frente de la juguetería, le pide a Marcos que cuide a su hermana por un momento. El chico ayuda a sentarla, se ha vuelto obediente, coopera con paciencia y tranquilidad. Marta camina rápido, siente el pitido de la puerta cuando entra. El vendedor está detrás del mostrador, sin saludarlo, le pide que traiga la consola envuelta para regalo con un moño.

—¿Va a pagar en cuotas?

Va a pagar en cuotas. El vendedor se sumerge detrás de los anaqueles, busca y saca una caja que duplica el tamaño de la consola, curvas de colores rodean el empaque que dibuja una llanura salvaje. Con dos movimientos

envuelve el regalo, le pone dos tiras rojas y cruza el moño en la parte de arriba. Abre una bolsa (donde podría entrar Ceci) y la pone al frente de Marta. Ella ofrece a cambio su tarjeta de crédito. Con precisión, el vendedor pasa la tarjeta por la ranura de la computadora. Marta mira a través de la vidriera dónde están los chicos y apenas distingue un brazo de Marcos sobre los voladitos de Ceci. Marta no entiende por qué el vendedor tarda tanto. Se escucha un bip cortante y sonoro.

—¿Tiene otra tarjeta? —dice el vendedor.

—¿Qué pasa con esta?

El vendedor vuelve a pasarla y suena el mismo bip. Le dice con amabilidad que esa tarjeta está cancelada. Marta mira para todos lados. Los anaqueles de vidrio están repletos de autitos, muñecas, aviones de juguetes. Revuelve la cartera y el vendedor con un movimiento esconde la bolsa de regalo en la oscuridad del mostrador. Ella escarba hasta encontrar la tarjeta de esa cuenta donde guardaba la plata para alquilar algo chiquito por su cuenta. Un departamento donde vivir los tres después de que esta pesadilla haya terminado. Pero ya no importa nada de eso. Su hijo tiene que ser feliz, aunque sea un instante.

Ante la cara de Marta, el vendedor acelera los pasos. Le extiende el recibo y el paquete con la consola. Marta sale del local y mira a sus hijos sentados en el banquito: Marcos carga a Ceci con ambos brazos y trata de calmarla. Entonces, Marta deja la bolsa apoyada, se sienta en el piso y se larga a llorar.

VIAJE DE VUELTA

Bonifacio insiste en ir al mirador del cerro. Dice que no vamos a tardar más de diez minutos en subir por el camino de cornisa hasta la cima y que desde allí se puede ver la ciudad de un solo golpe, desde el aeropuerto hasta el cementerio. Abre los hombros de exjugador de rugby y mueve sus manos, al compás, como si conversaran entre ellas. Le contesto que no tengo ningún interés en ir hasta el mirador, quiero tomar un café y charlar con él sobre los años que no nos vimos. Boni frunce los labios y empieza una larga perorata con la voz explicativa de un guía turístico: la provincia creció gracias a los hermosos paisajes, la arquitectura colonial bien conservada y la amabilidad de su gente, que atraen visitantes de todas partes del mundo. No sé por qué me explica esto. Lo escucho porque es la única manera que tengo de retener algo de nuestra adolescencia. Sigue, la fuente en la cúspide fue modificada y ahora hay un monumento al español que descubrió el valle.

—Sorprendente —le digo.

Él sigue con el parloteo, antepone la frase “ya no es como antes”, “ya no es como cuando vivías acá” y sus palabras terminan por convencerme de que la batalla está perdida y tendré que aceptar lo que él me proponga. Digo que sí, dejándole en claro que lo haremos porque “él quiere”. Me señala la combi, caminamos hasta la puerta sin hablar y me siento en el lugar del acompañante. La combi tiene olor a desinfectante, a sudor de turista impregnado en las cortinas, en los sillones de cuerina, en la alfombra de cuentas apoyada sobre el asiento del conductor y en la postal de la Virgen del Cerrito que cuelga del retrovisor. Arranca, busca la avenida principal y yo necesito un cigarrillo con urgencia. La calle se vuelve más angosta. Busco el encendedor del auto debajo de la radio y lo presiono. Me agarro de la guantera para no caerme. Le digo si maneja así cuando lleva a los turistas. No baja los ojos del parabrisas y

contesta que este es su día franco.

—No voy a preocuparme por los turistas.

Miro por la ventana la línea blanca que marca el principio de la cornisa y a través de las ramas de un molle, la ciudad aparece en panorámica. Boni toma la cornisa y sonrío:

—Ves. Sabía que te iba a gustar.

Me acomodo de nuevo y le pregunto si puedo fumar. Él pide que abra la ventana y ponga el cigarrillo afuera. “Hay gente que te jode ante el más mínimo olor”. Lo hago y siento que no hay nada más adolescente que fumar con un brazo colgando de la ventana. Me acuerdo de los fines de semana en los que Boni robaba el auto, cuando su viejo se iba por trabajo al interior. Pasaba a buscarme, primero a mí y luego a los hermanos García Franc. Comprábamos un paquete de birras en una despensa alejada del barrio y las tomábamos en una plazuela de las afueras. Envalentonados por la cerveza, se iniciaba el rito de todos los fines de semana: Boni nos llevaba de gira por el parque San Martín.

—La vegetación que ves a la izquierda forma parte de la llamada “selva montana” —me dice—. Y es conocida por los lugareños con la palabra “yunga”.

—Lo sé —le digo—. Soy de acá: lo sabe cualquiera que cursó la primaria.

—Está bien. Quizás te habías olvidado.

Yo pienso en las mutaciones del parque San Martín. Durante el día, los puesteros transformaban los canteros y bancos en el único lugar para comprar y vender libros de segunda mano, pero de noche se transformaba en todo lo que puede ser una zona roja de provincia: el lugar de encuentro entre los chicos de un colegio católico y los padres de familia. Las giras de Boni consistían en dar vueltas por el parque, una y otra vez, detenerse, preguntar precios, cruzar los autos de los señorones del Club. Con el tiempo, Boni adquirió una habilidad especial para pedir rebajas, servicios especiales y enumerar moteles. Detenía el auto en una de las esquinas y señalaba las tetas de una, el culo de otra, esperando que alguno se tentara. Por ese entonces, yo pasaba los recreos en el confesionario del cura haciendo de monaguillo, así que el paseo por el parque no iba a funcionar conmigo. La mayoría de las giras terminaba cuando uno de los García Franc se quebraba y le pedía que arreglara con una de las chicas y ya. En ese instante, Boni decía que tenía que

dejar el auto.

—Y a la derecha, en esta abertura, se percibe el impecable tramado colonial de la ciudad —dice soltando una mano del volante. Acompaña sus explicaciones con los gestos que usaba para hablar con las chicas en el parque.

Cuando volvíamos al colegio, ninguno de los cuatro mencionaba el episodio. De hecho, los García Franc no me dirigían la palabra en público. Un colegio como aquel mantenía una estructura social rígida. Solo Boni, que se destacaba con facilidad por los hombros anchos y su contextura de campeonato, tenía la suficiente libertad para tratar con todos. Ahora, el camino al mirador resulta más largo de lo prometido. Tiro las cenizas por la ventana, el humo del cigarrillo se dobla como en una cámara de viento. Le pregunto por los hermanos García Franc y por Meli.

—Casi no los veo. Joaco labura en una de las oficinas del gobierno y Meli se fue de la ciudad —dobla por una curva empinada.

Yo era el foco de atención de las giras de Boni, supongo por aquello que decían en el colegio. Boni venía a casa desde que éramos chicos, así que de alguna manera quería demostrarle a todos que no era cierto lo que se comentaba. Cuando una de las chicas del parque se acercaba y mostraba las tetas a la ventana del auto, Boni me palpaba para comprobar la excitación: “A ver... a ver... el monaguillo se despierta”, y los otros dos se reían.

Llegamos al mirador unos minutos más tarde. Boni estaciona al lado de un auto del cual baja una familia de turistas norteamericanos: la piel roja en el punto extremo de la insolación, medias blancas con sandalias, pantalones cortos beige y gorras de equipos de béisbol. Le digo a Boni que las familias norteamericanas deben ser las peores.

—No te creas. Los peores son los porteños.

Supongo que debería sentirme aludido por ese comentario, pero no lo hago. Bajo de la combi y camino en dirección a la familia norteamericana, escucho que el guía recita en inglés una de las frases que repitió Boni en el camino. Él avanza rápido y me hace señas para que me acerque. Voy y descubro una balconada, bordeada por vallas de hierro con largavistas cada dos metros y una hilera de faroles como de principios de siglo. Solo falta Gardel. La adolescente norteamericana se lanza sobre uno de los largavistas y lo hace temblar, moviéndolo de arriba a abajo. Miro la ciudad como si fuera

un mapa a escala, Boni apunta con los dedos. La plaza principal, la catedral, el museo. Cruza los brazos sobre el barandal, el viento le despeina un rulo que cuelga entre las dos entradas que le llegan hasta la coronilla. Después apoya el mentón sobre las manos y sin moverse dice el nombre de una calle que reconozco.

—¿Te acordás?

Señala un punto de la ciudad que abarcaba la plaza y un álamo solitario en el extremo del valle.

—Allá —me dice.

Frunzo los ojos para ver de qué está hablando. No veo la calle, pero el nombre es exacto y en el fondo de esa línea gris, debería estar el canchón de educación física. Creo ver la casilla donde se encerraban con Meli en segundo año. Él descuelga un brazo de los barandales de hierro, se para derecho con una actitud de avance que me recuerda al cura cuando nos buscaba para confesarnos los días viernes, así el “domingo podíamos tomar la comunión”.

—A ver —dice y así empieza una lección o un examen.

Boni señala las avenidas principales que “dividen al mapa de la ciudad como una cruz”. La continuación de la ruta, el boulevard, una línea que serpentea hasta el cruce de las dos avenidas principales y yo sigo sin ver lo que está indicando. Solo me acuerdo del nombre de las calles que pronuncia. Sé que esto viene para largo. Busco otro cigarrillo y le pido fuego al padre norteamericano, que está *very glad* de ofrecerme un encendedor que saca del bolsillo de la riñonera. Vuelvo a mi lugar y miro con calma la imagen de la ciudad. Creo ver el canchón y la casilla de los cuidadores. Se la señalo a Boni. Él cambia de tema y me indica un camino de tierra, cubierto por una alameda que sube por la cornisa opuesta. Se ve un colectivo del tamaño de un juguete.

—Por ahí, se va a la Virgen.

Le pregunto si él lleva turistas a ver a la Virgen.

—Cada sábado.

Y ahora sigue la explicación, como si la hubiera pedido o la necesitara. María Alivia, una mujer santa encontró a la Virgen cuando pedía por una “luz que aclarase su vida” y vio una imagen resplandeciente en una gruta abandonada en uno de los cerros que bordean la ciudad. Su esposo es el contador de la agencia donde trabaja Boni. A él, se le ocurre que yo nunca fui

a ver la Virgen y que sería fantástico que fuera esa tarde, para aprovechar el poco tiempo que voy a estar en la ciudad y que este día es el mejor, porque no hay demasiados turistas como los fines de semana, ni gente realmente desesperada como los lunes (los que suben a pedir trabajo, una cura milagrosa o un embarazo).

—Dejate de joder, Boni. Ya te dije que no me importa nada de esto.

Entonces Boni se muerde los labios y dice:

—Claro que a la gente como vos no le importa.

—¿Cómo yo?

—Vos me entendés. Así, como vos —y hace un juego con las manos.

Se demora y después intenta arreglarlo: se refiere a un profesor universitario que trabaja en la capital. Estira las sílabas como si estuviera repitiendo un folleto sobre un profesor universitario. Yo siento que todo está perdido, que volver es una forma de tortura y que solo me queda seguirle el juego, como si fuéramos todavía los dos adolescentes que fuimos y él todavía quisiera llevarme de gira, en un tour que va de la zona roja hasta el camino de la Virgen del Cerrito.

—Y vamos... —le digo —Vamos si querés.

Él está callado, acepta con la cabeza y volvemos al estacionamiento donde está la combi. Arranca el auto, la estampita de la Virgen brilla en el parabrisas. La sostengo para verla de ambos lados, lleva una oración “por la luz del mundo” y entonces yo pienso en la oscuridad. En la oscuridad de la casilla del canchón, cuando en una broma pesada nos dejaron encerrados a Boni y a mí. Uno de los curas nos había dado la hora libre y Joaco García Franc me pidió que fuera a buscar una de las pelotas de fútbol que guardaban en el depósito. Le hizo señas a Boni para que me siguiera.

Cuando abrí la puerta de la casilla, una pieza de dos por dos, sin ventanas y llena de pelotas y palos de escoba, alguien me empujó de atrás y el cuerpo voluminoso de Boni se cayó sobre mí. Las risas se filtraban por la rendija de la puerta. Escuché el ruido del candado que se cerraba y los cantitos de Joaco que se repetían por el eco del canchón. Boni los puteaba, empujaba la puerta con todo el cuerpo hasta que se dio cuenta que ni siquiera su contextura alcanzaba para derribarla.

Estuvimos varias horas encerrados. Recuerdo el sonido de la respiración de Boni a la altura de los hombros. Cuando uno de los curas nos encontró, nos

llevó inmediatamente al confesionario detrás del canchón. Pidió que nos arrodilláramos e hiciéramos la señal de la cruz.

—¿Qué hicieron ahí? —nos preguntó a los dos al mismo tiempo.

No dijimos nada.

—¿Qué hicieron ahí?

Ninguno le contó. Al otro día actuamos con normalidad y él empezó a hablar con Meli, que al poco tiempo se transformó en su novia.

Detiene el auto a mitad de la banquina. Las luces del sol se van apagando y se cuelan los últimos rayos por las nubes sobre la ladera de una montaña.

—Me parece que ya no llegamos hasta la Virgen —dice.

Yo le digo que no se preocupe, mañana podremos intentarlo. Él me contesta que a cambio me va a llevar a la calle Sarmiento, que se transformó en la peatonal de peñas y boliches folklóricos.

—Seguro te va a gustar —dice.

FÓSILES

I

Después de la cirugía de garganta, papá parecía un hombre nuevo, “cambiado” decía mamá. A las cinco menos cuarto de la tarde, pasaba por casa para llevarnos a buscar trilobites en el cerro San Bernardo. Fue justo después de que inauguraran la ruta al mirador, habían dinamitado partes de la ladera y quedaban grandes espacios de piedras amarillentas, como cicatrices en el medio del monte. Entre las lajas había fósiles, huellas de un mar devorado por el cerro: amonites, conchas, troncos petrificados y, por supuesto, trilobites. Papá decía que lo esperaríamos a las cinco, cuando el sol empezaba a bajar. Él llegaba a las menos cuarto, estacionaba en el portón y no bajaba del auto. Con el pelo engominado hacia atrás, la corbata suelta y el brazo colgando de la ventanilla, miraba hacia la puerta de casa. Yo lo veía detrás de la cortina sin avisarle a mamá, como si formáramos parte, él y yo, de un rito que cada tarde debíamos repetir. A las cinco en punto, salíamos. Guille lo saludaba con cautela, todavía dudaba de aquel hombre que se parecía tanto a nuestro padre, pero que había cambiado para bien. Le hacíamos señas para que nos esperara y yo cargaba una mochila con un set de paleontólogos en miniatura que nos había regalado un tío de Buenos Aires. Tenía pinceles, palas, moldes de plástico y un manual instructivo de “Pequeños paleontólogos”. Mamá se encerraba en la cocina y nos despedía sin verlo. Supongo que en ese momento cualquier acercamiento entre ellos hubiera cuestionado el equilibrio mínimo que habíamos construido como familia. Papá nos saludaba con un abrazo y subíamos al auto. Decía “vámonos” con la voz profunda y rasposa que le había

quedado después de la cirugía.

Todo sucedía al estilo de una película de domingo. Papá ponía un viejo casete con un sketch de dos cómicos que interpretaban un príncipe y un juglar. Los actores cantaban su amor a la misma princesa y, entre estrofa y estrofa, las palabras se cruzaban hasta que terminaban a los golpes. Nosotros nunca nos cansábamos de repetir las canciones, cantábamos con ellos, luchábamos con ellos por la misma princesa y reíamos a carcajadas, mientras los rayos de un sol tibio se colaban por la ventanilla. Papá se desabrochaba los dos botones de la camisa y dejaba la corbata sin desatar en el asiento trasero. En mitad de la cornisa, doblaba a la izquierda en un camino de ripio que solo conocía él - ese secreto nos entusiasmaba- y estacionaba el auto en el medio de dos abras. Los tres bajábamos con el set de paleontólogos, él se sentaba en una pirca al costado del camino, mientras nosotros subíamos las lomadas. Desde allí se podía ver toda la ciudad.

Papá leía uno de sus expedientes amarillos, cosidos con hilo grueso por un margen. Nosotros trepábamos, subíamos y bajábamos por la ladera y, al volver, teníamos los bolsillos cargados de piedras. Se las entregábamos como ofrenda. Él intentaba salvar sus expedientes de nuestras manos llenas de tierra. Las inspeccionaba sosteniéndose la barbilla y decía con un tono forzado: “Están en excelente estado de preservación. La de allá muestra la estructura exacta de la era paleozoica”. ¿Paleozoica? Él no sabía nada de fósiles, geología, paleontología, jugaba con nosotros y había aprendido las palabras de memoria para mostrar que estaba interesado.

En casa, después de despedirnos, los dos apilábamos nuestros hallazgos en una caja de zapatos que mamá quiso tirar a la basura mil veces. Teníamos tantos fósiles que se me ocurrió hacer un museo. Donde estaba a medio construir el asador, acomodamos los ladrillos sueltos como si fueran exhibidores y pusimos un fósil en cada uno. Primero las algas fosilizadas, después los amonites y en el centro las vedettes de nuestra exposición, los trilobites. Leyendo el manual de los pequeños paleontólogos descubrimos los nombres de esas cucarachas prehistóricas y las eras a las que habían pertenecido. A mamá no le gustaba nada que pasáramos la tarde armando pilares con ladrillos, entre hierros oxidados y baldosas rotas, pero después ella nos ayudó con los carteles. Le llevamos un fibrón y varias cartulinas blancas para que escribiera los nombres, la edad aproximada y la

procedencia: todos decían “cerro San Bernardo”.

Papá fue el único invitado a nuestro museo. Mamá dejó que pasara a la casa después de una semana de ruegos. Nos dijo que sí, con la condición de que fuera la única vez. Cuando él entró, ella se había encerrado en la cocina. Nosotros lo hicimos pasar, le indicamos el pasillo como si fuera un invitado, cruzamos el patio y llegamos a la parte trasera donde iba a estar el asador. Él recorrió los pilares de nuestra colección rascándose la barbilla, miró cada roca, leyó las cartulinas una por una. No dijo nada hasta que terminó de verlo todo. Con el tono forzado de la “era paleozoica”, reconoció que teníamos un futuro brillante, que éramos unos excelentes paleontólogos y que nuestro museo debía ser visto por todos. Antes de irse, tocó la puerta de la cocina con delicadeza, pero mamá no respondió.

No supimos nada de él por una semana o quizás dos. Yo suponía que le había agarrado uno de sus arranques y no quería acercarse a nosotros. Mamá estaba un poco triste, pero no dejaba de repetir que “así son las cosas, hay que acostumbrarse”. Cuando ya estábamos convencidos de que no volvería a aparecer por mucho tiempo, sonó el teléfono y escuché su voz, entre juguetona y seria, que nos pedía que juntáramos los fósiles con prolijidad. Había encontrado el lugar perfecto para nuestra colección. Nosotros lo obedecimos sin cuestionarlo, envolvimos las piedras en papel de diario y las pusimos en cajas numeradas, como nos había enseñado el manual.

Al otro día, él pasó a buscarnos y cargamos las cajas en el baúl lleno de expedientes y papeles. Cuando los tres subimos al auto, explicó que nos íbamos al Museo Provincial. Había hablado con el director, que nos esperaba. Recuerdo el camino hacia el museo, diez minutos son suficientes para que dos chicos sueñen que realizaron el descubrimiento científico del siglo. En la escalinata de la entrada, un hombre vestido con un chaleco de excursionista recibió nuestra carga y prometió que algunos fósiles serían expuestos. Saludó a papá, tocándose un sombrero invisible, y nos dio la mano apretando fuerte.

—Salieron machitos como el padre —dijo y se perdió por la puerta del museo.

Después de entregar nuestra colección, seguimos yendo al San Bernardo por las tardes, pero los fósiles aparecían con menos frecuencia como si los hubiéramos depredado hasta la extinción. Por ese entonces, papá ya no se

escondía en el auto cuando venía a buscarnos, ni mamá se quedaba encerrada en la cocina. Empezaron a acercarse de a poco. Primero un saludo con la mano desde la puerta, una conversación casual y, por último, un beso en la mejilla. Fueron meses tranquilos en los que yo intuía que papá había cambiado para siempre.

Una tarde decidimos ir al Museo Provincial para ver la leyenda con nuestro apellido que enmarcaba los trilobites como había prometido el director. Éramos tres espías en una misión encubierta, pagamos las entradas a la mujer de la boletería, que nos atendió con el desinterés que solo puede tener la encargada de un museo provincial. Recorrimos el sector de aves, reptiles y mamíferos. Nuestro reflejo brilló en los ojos de vidrio de un oso embalsamado. Cruzamos el pasillo por el cual se llega a la sala del director y llegamos al salón de “Paleontología”. Dos fierritos de metal sostenían el caparazón de un armadillo, dos ramas fosilizadas protegidas por un vidrio, carteles que explicaban la *explosión de vida del cámbrico*. Recorrimos cada vitrina, leímos una por una las leyendas y volvimos a recorrer cada rincón. Ninguno, ni uno solo de nuestros trilobites, estaba expuesto. Papá, tan sorprendido como nosotros, revisó acelerado las vitrinas buscando un lugar que se le hubiera pasado por alto.

—Esto no va quedar así —dijo.

Caminó decidido a entrar a la sala del director, pero la mujer de la boletería lo detuvo con un chistido desde la casilla. Le dijo que el lugar estaba restringido para los empleados. Papá le explicó que habíamos hecho una donación de fósiles, con la promesa del director de ser expuesta. “Son chicos”, dijo, “tienen expectativas y sus piedras no están en ningún lado”. Ella escuchaba con la misma expresión de desinterés con la que nos recibió. El tono de papá pasó de profundo a amenazante. La mujer repetía que no podía hacer nada, que el director estaba fuera de la ciudad y él tomaba las decisiones sobre la exposición.

En un momento, papá dijo “usted no entiende” y golpeó la casilla con la palma abierta. Los vidrios hicieron ruido de campanas por el golpe. La mujer tardó unos segundos en comprender lo que había pasado, después salió del cubículo sin decir nada y se perdió por el corredor. Volvió acompañada por un guardia con una campera negra, que se paró de brazos cruzados para controlar que nos fuéramos en ese instante.

Salimos por la puerta y papá contestó a los gritos que en el Poder Judicial de la Provincia estarían al tanto de esta situación. Su voz hacía que cada palabra sonara como una sentencia o un mandato. Salimos del museo y papá le preguntó al bedel que barría la escalinata cuándo venía el director.

—Atiende los lunes —contestó y nos siguió con la mirada mientras subíamos al auto.

Él llamó desde su despacho para programar un turno y a la otra semana, nos presentamos en la boletería. La mujer al vernos se inclinó para llamar al guardia, pero papá la detuvo y le pidió que le dijera al director que el “Doctor Pettineo había llegado”. La mujer pidió que esperásemos en la puerta y nos indicó un banquito de plaza instalado en el centro del salón. Nosotros estábamos inquietos, nos paramos delante de la exhibición de una serpiente, al frente de la sala del director. El cuerpo disecado emergía de unas ramas secas, tenía la cabeza amarilla y el cuerpo con manchas verdes. Miraba fijo a un ratón erguido en dos patas con una semilla de girasol en la boca. Guille se aburrió de la serpiente y buscó unas revistas que estaban sobre la mesada. Con los crayones, que yo había guardado en mi mochila, coloreaba las fotos de casamientos de las familias famosas. Un momento después, Papá entró al despacho del director.

Yo me cansé de revisar las exposiciones de mamíferos y aves que embalsamadas perdían la gracia de ser aves. Guille diseñó un bigote y barba a cada novia y dama de honor de las revistas. No sé cuánto tiempo había pasado desde que Papá entró a la sala del director. Las luces blancas me hacían acordar a aquella tarde cuando lo vimos en el hospital después de la operación de garganta. En coma sobre una camilla, su cuerpo estaba envuelto por tubos y cables que se conectaban a un respirador artificial. Guille hizo un dibujo que mamá tituló “papá que te recuperes pronto” y lo dejó apoyado sobre la mesa de luz. Lo cierto es que, para mí y Guille, aquel hombre era poco más que un extraño. Empezó a ser un padre cuando se recuperó de la enfermedad y propuso por primera vez llevarnos al cerro San Bernardo.

Al salir de la sala del director, él tenía un aire de haber ganado la guerra. Dijo que todo estaba solucionado y nos tomó de la mano, satisfecho. Supongo que para él la exposición de los fósiles era una demostración ante sus hijos, un ejemplo de que él era un hombre distinto.

La semana siguiente volvimos al museo. Entramos sin pagar, cruzamos el

salón de la serpiente, la exposición de las aves, mamíferos y llegamos a la sala de Paleontología. Allí, en un costado, alrededor de unos troncos fosilizados, había dos trilobites. Tenían una leyenda que decía “Fósiles encontrados por la familia Pettineo”. No hacía ninguna referencia a la era o la procedencia de aquellos insectos. Nada de nada.

Cuando caminábamos de regreso al auto, dediqué el viaje a explicar cuáles eran las características, las formas del cuerpo, la alimentación y por qué habían terminado en el interior del cerro San Bernardo. Mis palabras no disminuyeron la satisfacción que teníamos los tres de haber visto la exposición. Más bien, era parte del regodeo de haber ganado. El triunfo me daba la sensación de que todo iba a mejorar a partir de ese momento.

Y de alguna manera, así fue.

II

A veces pienso que hay una conexión entre la tarde del museo y los últimos meses que papá vivió con nosotros. Un día después que volvimos del cerro, mamá nos sentó y dijo con seriedad que había decidido lo mejor para la familia. Quería que tuviéramos una figura paterna en la casa y papá parecía un hombre cambiado. Además era bueno que lo viéramos todos los días y no solo a las cinco de la tarde cuando venía a buscarnos. Repitió que los meses internado en el hospital habían hecho de papá un hombre nuevo. Yo sabía por donde venía la cosa: él volvería a vivir con nosotros. De alguna manera, ya lo presentía. Se los podía ver hablando en la puerta de la casa y sonriendo. Supongo que el hecho de que él pasara tiempo con nosotros ya era un argumento para que mamá considerara volver con él. Cuando recibimos la noticia, Guille se paró de un brinco y empezó a correr de la excitación, como si hubiera metido un gol imaginario. Con papá en la casa no tendríamos que escuchar los comentarios de la maestra de Catequesis sobre los hijos de matrimonios separados, ni aguantar la burla de los compañeros de clase.

La semana que papá volvió fue una fiesta: pedíamos comida china, helado de postre, fuimos al cine, a los jueguitos y al parque en un acto de seducción que parecía que no iba a detenerse nunca. Después de volver a casa, el primer

plan de fin de semana fue llevarnos de campamento. Alquilamos una lancha en el embarcadero del dique Cabra Corral, anduvimos por horas con el viento húmedo en la cara hasta que encontramos un islote donde prender fuego y acampar. Fueron dos días de paseo y pesca en la boca del río. Al volver el domingo por la noche, papá recibió una llamada del ministro de Justicia. Él había concursado un nuevo puesto antes de volver a vivir con nosotros y ahora le comunicaban el ascenso. Me acuerdo que esa noche prometió que nos iríamos de vacaciones a Mar del Plata. Para festejar, mamá abrió un champagne que tenía guardado hacía años en el fondo de la alacena. Sin poner resistencia, dejó que papá tomara una copa y se besaron.

Durante esos meses, Mamá estaba satisfecha. Decía que la presencia de un hombre era necesaria para nuestra educación y que se sentía más segura en la casa. Poco tiempo después de su ascenso, papá empezó a recibir llamadas a cualquier hora. Llevaba una libreta para todos lados, donde anotaba el número de juicio, los nombres de los imputados y las instrucciones que daba a la policía. A veces, volvía a la casa y se quedaba dormido con la televisión prendida. Mamá pasaba con frecuencia de la felicidad de tenerlo en casa a la angustia, porque pronto empezaron de nuevo las discusiones. Una vez discutieron si la escuela a la que nos mandaban era digna del “hijo de un juez”.

—Y qué querés que haga si no los viste por un año —le contestó señalándonos a Guille y a mí, que jugábamos en el piso de la cocina. Papá se puso de pie y le contestó que no iba a aceptar que ella dijera eso.

—Pero no apareciste por años.

—VOS ME ECHASTE.

Mamá se frotó los ojos con el dedo índice y el pulgar. Después, le pidió que discutieran lejos de nosotros.

—No voy a dibujarles una familia perfecta —le contestó y se fue al escritorio, donde tenía sus expedientes.

Como la discusión se extendió por varios días o más bien se multiplicó en otras, decidieron no postergar más las vacaciones a Mar del Plata. Papá pidió licencia y llevó el auto al mecánico para que lo revisara antes de manejar en la ruta. Hicimos las valijas con mamá, que guardó las remeras, shorts, su bikini y un vestido negro de fiesta por si había alguna ocasión. Cargamos el baúl entre los tres y pusimos la conservadora del camping cargada de

gaseosas y papas fritas entre el asiento del acompañante y el conductor. Mamá estuvo callada la mayor parte del viaje, nosotros le pedíamos que pusiera el sketch de los dos comediantes, pero ya no tenía el mismo efecto. Ya no cantábamos con los músicos, ni peleábamos por la princesa. Papá quería llegar cuanto antes, así que pisó el acelerador y no hizo ninguna parada salvo para almorzar en Ojo de Agua. Mamá repetía que baje la velocidad.

Mirando las salinas interminables entre Santiago del Estero y Córdoba, mamá preguntaba cada media hora si queríamos estirar las piernas o tomar agua. Guille estaba cansado y decía que le dolía todo por estar sentado. Al ver la expresión de papá por el espejo retrovisor, yo trataba de calmar a mi hermano.

Llegamos a Mar del Plata a mitad de la tarde. Habían alquilado un departamento de dos cuartos cerca de la playa. La primera noche durmieron juntos en la cama matrimonial y nosotros ocupamos la segunda habitación que tenía dos cuquetas. Papá estaba tan exhausto de manejar que se quitó los zapatos, se acostó con el pantalón puesto y durmió un día entero. Las paredes del departamento eran tan finas que no pudieron ocultar la discusión, a la tarde del otro día. Que manejaba como una bestia, que nos puso en peligro a los cuatro, que ella era una tonta por creer que había cambiado. Nosotros jugábamos con muñecos y dinosaurios de juguetes en el centro de la sala.

Esa noche cambiaron a Guille de habitación. Yo dormía con papá en la cuqueta y Guille en el cuarto matrimonial con mamá. Esa distribución se mantuvo también durante el día. Nosotros jugábamos haciendo castillos de arena en la playa, mientras mamá y Guille buscaban conchas y caracolas en la costa. Ellos solo conversaban cuando nosotros estábamos cerca.

A la vuelta, papá manejó con calma sin decir una palabra. Le pedimos que pusiera música para tapar el silencio, aunque el ruido de la estática ocupaba la radio por horas. Al regresar de Mar del Plata, mamá le pidió a la abuela que viviera con nosotros. Papá había vuelto a fumar y a tomar. El ruido de la tos seca invadía el pasillo de la casa como si fuera una advertencia. Se encerraba en el escritorio y no salía por horas, yo sentía el olor a cigarrillo que se filtraba por la rendija de la puerta y mamá le gritaba desde la cocina que lo apagara. Eso lo ponía más nervioso y entonces se iba de la casa, dando un portazo.

—Hay personas que no saben vivir felices —decía mamá.

Cuando hacía buen tiempo, papá solía trabajar en el jardín, sentado en una mesa de hierro. Esa tarde, Guille y yo jugábamos al fútbol. Él levantaba los ojos del expediente cada vez que alguno de los dos gritaba gol y, a veces, lo festejaba con un guiño. Esa tarde, Guille hacía jueguitos con la pelota, papá sumergido en sus papeles sostenía un cigarrillo con la mano. Guille pateó con fuerza, diciéndole “pase alto”. La pelota arrancó una de las hojas del expediente, que salió volando sobre el césped y le pegó en la cara. El resto lo vi en cámara lenta: papá se puso de pie, caminó hacia nosotros, levantó una mano, el cigarrillo colgaba de la otra y Guille se mantuvo quieto, con una expresión que oscilaba entre el miedo y la sorpresa. Papá se le acercó y le pegó una trompada tan fuerte que no le dio tiempo a llorar. Vi la culpa en sus ojos en el segundo posterior a la trompada, como si en ese instante se diera cuenta del significado de lo que acababa de suceder. Después, el llanto de Guille, que emergía desde un lugar profundo, casi recóndito, donde había sido guardado y acumulado desde hacía años y ahora salía todo de golpe. Yo solo atiné a quedarme quieto y mirar.

Papá levantó a Guille en brazos, pidiéndole disculpas a él, disculpas a mí, y rogándole que lo perdonara. Prometió que construiría una casita en el árbol para que jugáramos los dos. Guille se secó los mocos con la manga de la remera sin verlo de frente. Cuando lo dejó en el piso, yo lo llevé al baño de nuestra habitación para secarle las lágrimas y lavarle la cara. Mamá golpeaba la puerta, preguntando qué había pasado.

Al día siguiente, papá compró maderas, sierras y clavos para armar una casita del árbol. Colocó los tablones contra el ceibo del patio y después montó una plataforma. Nos despertó el sonido de los martillazos. Decía que el refugio iba a estar listo antes de que empezara el otoño.

LADRIDOS

Cuando su esposo murió, la viuda de Hansen se dedicó por completo a su perra. Me acuerdo la tarde que entró a mi almacén y contó, con una alegría casi bochornosa, que su perra estaba preñada. Se saltó la cola, pidió alimento balanceado, una lata de picadillo y se fue tan rápido como había aparecido. Una vez que ya estuvo lejos, Rosa Navarro, una de las hermanas que vivían cerca de la viuda, levantó las cejas, se golpeó la cabeza con el índice y dijo “pobre”.

A partir de ese momento, la viuda duplicó sus pasadas por mi almacén y sus pedidos se volvieron cada vez más estrambóticos. Pedía conservas de todo tipo, carne enlatada, alimento balanceado para cachorros, cepillos de dientes para encías delicadas y shampoo para el pelo grueso. Cuando yo le entregaba el pedido, ella hablaba de su perra en plural: “Es que necesitamos cuidarnos”, “tenemos que alimentarnos bien”, explicaba. La mayoría de los vecinos no tardó en decir que estaba medio pirada, pero quienes la conocíamos bien veíamos con agrado que ella hubiera superado lo de su esposo, aunque fuera de esta manera. Se la veía alegre y charlatana, a pesar de que la mayoría de sus historias giraban alrededor de la perra. Rosa Navarro la interrumpía: “Bueno, ya basta, vos con esa perra que te pones temática”. Después, la viuda escuchaba los chismes de las dos hermanas sin decir nada y se iba del almacén.

Creo que tantas atenciones empeoraron la situación de la perra, porque tenía la cadera pequeña y esa raza, como dijo el veterinario, tenía tandas de siete u ocho cachorros. Engordó tanto que, durante las últimas semanas, parecía que la perra reptaba. Dije las últimas semanas, porque la perra murió dando a luz. Me lo contó uno de los vecinos, cuando pregunté por la viuda, que no aparecía desde hacía varios días.

Fue lo único que supe de ella por un tiempo. Ver pasar al veterinario me hizo suponer que los perritos estaban vivos. También, las hermanas Navarro se quejaban de los ladridos a la noche.

Un día decidí tocarle la puerta, no tenía ningún motivo en especial para visitarla, pero quería ver cómo andaba. Ella me atendió, tenía los ojos rojos y parecía muy cansada. Escuché los perritos ladrando y gruñendo detrás de la puerta. Le pregunté si necesitaba algo y cruzamos dos palabras. Ella contestó que, en ese momento, los perritos requerían toda su atención. Yo le dije que podía hacer pedidos por teléfono y yo se los llevaba con gusto cuando estuviera libre. Me agradeció y se excusó diciendo que tenía la casa hecha un desastre. Al final de la conversación, agregó:

—Vos sos un buen tipo, te podrías quedar con uno de los cachorros —lo dijo sin preguntarme, como si el ofrecimiento bastara para que yo lo recibiera, y en cierta manera así fue, porque yo le dije que no tendría ningún problema.

No sé si los perritos ya estaban grandes o si las provisiones de la viuda se fueron acabando, pero a la semana siguiente reapareció para hacer sus compras. Pidió todas las formas imaginables de leche: larga vida, en sachet y en polvo. De a poco fue recuperando esa alegría que había tenido cuando su perra estaba preñada. Se quedaba charlando en la puerta del almacén y le decía a todos que yo me quedaría con uno de los perritos. A la presión de hacerme cargo de un animal que no quería, se sumaban los comentarios de las Navarro que hablaban al unísono. “¿Por qué le hacés el juego si está mal, la loquita?”, “no ves que la pobre está desequilibrada”, “te va a sacar canas verdes”. Yo aceptaba lo que decían con la misma resignación con la que acepté el cachorro. Me justificaba a mí mismo porque no sabía cómo decir que no a una mujer, menos a la viuda.

Una tarde me dijo que el perrito ya estaba grande y me invitó a que pasara a buscarlo. Fui a verla a su casa y me hizo ir derecho al escritorio de su marido. Todo el pasillo olía a perro mojado. Allí, entre las estanterías con libros que había dejado el viejo Hansen, había un colchón tirado con las puntas mordidas, pedazos de gomaespuma esparcidas por el piso y varias tetillas mordisqueadas. Pasé y me vino a recibir un cachorro con el hocico negro, que parecía muy juguetón. Había una segunda cachorra recostada sobre el colchón, pero no acurrucada como un ovillo, sino con las patas hacia arriba

y meciéndose como un bebé. Cuando me acerqué para verla, tuve la sensación de que era un lechoncito: no tenía pelo, estaba de espaldas, tenía las patas cortadas como muñones y se movía dando un gruñido como si se quejara.

Sentí miedo de que la viuda me regalara esa cachorra. Pensé en el tiempo y el dinero que gastaría cuidándola. Mientras la inspeccionaba de lejos, la viuda entró sosteniendo una bandeja con un par de tazas de café y un paquete de galletitas de agua:

—Viste qué hermosos —dijo y me acercó una taza.

Yo dije “muy hermosos”, ella agregó que el perro podría cuidar el almacén. Asentí con la cabeza, mientras el cachorro de hocico negro zigzagueaba entre mis piernas. Ella tomó un sorbo de café y dijo señalando el colchón:

—Esa es mía... Me necesita.

Me sentí aliviado al escuchar que aquel lechoncito no sería mi perro y me dediqué el resto del tiempo a jugar con el otro cachorro. La viuda le decía el Negrito por la mancha que tenía en el hocico y yo no vi la necesidad de cambiarle el nombre. Contó que tenía todas las vacunas puestas y cuando terminó su café, lo agarró con una mano, sacó un moño de su bolsillo y lo ató al cuello del cachorro. En la puerta me despidió pidiendo que lo cuidara bien y yo pensé que cada uno tiene su manera de superar la muerte de un ser querido. Ella había elegido esta. Llevé al Negrito al almacén y le preparé un lugar en la esquina, cerca de la entrada, donde todavía duerme por la noche.

Cuando las hermanas Navarro descubrieron al Negrito, me preguntaron todo sobre la viuda. Yo les conté que habían nacido dos cachorros y que seguro verían a la perrita que ella se había quedado. Eso fue una corazonada porque a la semana siguiente, la viuda de Hansen salió empujando un cochecito con la cachorra adentro. La paseó por la plaza, mientras daba esos quejidos extraños.

Eso produjo la reacción en el barrio. La viuda se transformó en un tema de conversación obligado. Algunos vecinos decían que ese animal no debía existir y lo repetían en mi almacén a quien quisiera escucharlos. El veterinario, cuya palabra era la única autorizada en el tema, dijo que si fuera por él, habría sacrificado al animal después de nacer.

—Para que no sufra.

A la viuda no parecían afectarle las habladurías y salía todas las tardes a

pasear con el cochecito. Le ponía un babero a la cachorra que ella misma había bordado y, según algunos vecinos, servía para atar a la perra a las barras del cochecito. Cuando hizo una oleada de frío, la viuda colocó una frazada sobre el pecho y las patas de la cachorra. Al día de hoy, me acuerdo cuando la suegra de Gutiérrez, que estaba de paso por el barrio, se acercó a la viuda creyendo que llevaba un bebé y se llevó un susto bárbaro.

La puerta del almacén se había transformado en una sala de reuniones donde se intercambiaba toda información referida a la viuda. Alguien, quizás el viejo Antonio, dijo que estaba tan desquiciada que quería hacer caminar al animal en dos patas. Yo intentaba disminuir la importancia de lo que decían, les pedía que entendieran la situación por la que ella estaba pasando y que al fin y al cabo todos sabíamos lo difícil que es superar un duelo. Una tarde cuando tenía que dejar un pedido cerca de su casa, la vi en el rincón de los juegos para chicos de la plaza, hacía que la cachorra diera un par de pasos hacia delante y hacia atrás, como saltitos. Le pregunté qué estaba haciendo y ella me explicó que lo había visto en la televisión, que era una forma de rehabilitación que le permitiría a Moni caminar sola muy pronto. La viuda la llamaba así: “Moni”.

—Moni de Mónica —explicó Rosa Navarro—. Decime quién le pone Mónica a un perro. ¿Quién?

No supe qué contestarle. La viuda de Hansen siempre me había causado cierta ternura y prefería verla enloquecida que triste. Sin embargo, ese no fue argumento para la gente del barrio. Al poco tiempo se generó un grupo, comandado por Rosa Navarro, que decía que era necesario tomar cartas sobre el asunto, que la cosa así no daba para más. Más que el cochecito o el nombre Mónica, creo que les causó repulsión que la llevara los domingos a misa. Decía que no tenía con quién dejar a la cachorra, que no podía estar sola mucho tiempo. Estuve la segunda vez que apareció con el cochecito. El cura dio una homilía especialmente para ella: habló sobre la naturaleza humana, dijo que el hombre era un ciudadano de dos mundos, en cambio los animales eran pura materia, cuya existencia estaba condenada a la desaparición. Uno debía acostumbrarse a ello. La viuda no se dio por aludida, en la puerta de la iglesia saludaba con la misma alegría de siempre, mientras sostenía el cochecito con una mano. De hecho, nunca dejó de llevarlo a todos lados, hasta que la perra se perdió. Por ese entonces, ya le costaba empujarlo. Supuse que

Moni, como el Negrito, había empezado a crecer aceleradamente. La veía pasar por la ventana, flaca y consumida, haciendo un esfuerzo superior a su contextura física y me daban ganas de ayudarla. Sus vueltas diarias se habían transformado en una tarea descomunal para alguien como ella, por el peso del carrito y también porque Moni ya se movía intentando soltarse. El viejo Antonio decía que la viuda cantaba canciones de cuna para calmar a la cachorra y yo miraba al Negrito que, en ese momento, ya tenía el tamaño de un galgo.

Una tarde sentí un gemido muy fuerte, el Negrito se levantó y empezó a ladrar. Como trabajo solo en el almacén, no pude ir más que a la puerta. Vi que el carrito de la viuda estaba hecho pedazos en el cordón de la vereda y ella corría en dirección opuesta. La llamé varias veces, gritando su nombre, pero ella no se dio vuelta, mientras seguía corriendo desesperada.

No tuve que esperar mucho para que me contaran lo que había pasado. Al parecer, cuando la viuda salió de su casa, un caschi macho se acercó para olisquear a Moni. La viuda lo espantó con una pierna, mientras agarraba con fuerza el cochecito. Cuando intentaba acariciarla, Moni le dio un tarascón. Ella soltó una mano y sosteniendo fuerte le pegó una cachetada. El cochecito se volteó y se rompió contra el piso. Entre los restos, Moni se levantó en cuatro patas y salió disparada por donde se había perdido el otro perro. Toda esa tarde se habló de la viuda, alguien dijo que era predecible porque la perra tendría sus necesidades y Rosa Navarro contó que siempre espiaba a la viuda detrás de la cortina porque sabía que algo iba a suceder. Gutiérrez dijo que debíamos agradecer que la perra se haya perdido. Esperé que la viuda volviera, pero a la hora de cerrar, nadie la había visto de nuevo.

A la mañana siguiente, vi unas fotocopias pegadas con cinta en la puerta del almacén, que se repetían en todos los postes de la cuadra. Se podía leer el teléfono de la viuda, acompañado por una foto de Moni con el babero atado al cuello. “Se ofrece recompensa”, se leía.

Rosa Navarro dijo que sintió unos ruidos a la noche y que casi no pudo dormir, su hermana sospechaba que la viuda se había ido para siempre del barrio. Pero, a la tarde, ella apareció vestida otra vez de luto como lo hacía antes de que su perra quedara embarazada. Le contó a cada vecino que se cruzó que Moni había desaparecido una tarde que dejó la puerta abierta de la

cocina. “Se ve que la fisioterapia hizo su efecto”, les decía. Ellos la calmaban con una palmada en el hombro y daban por terminada la conversación. Algunos se ofrecieron para buscar a la cachorra, pero la viuda los rechazaba con delicadeza. Creo que sentía que se estaban burlando de ella.

Moni no volvió a aparecer nunca y la viuda se fue encerrando cada vez más. La puerta descascarada y el pasto alto dan la sensación de una casa abandonada. A veces siento que escucho a Moni. Cuando paseo el Negrito cerca de la casa, mi perro no para de ladrar hasta que estamos lejos. Otros vecinos también dicen haber escuchado el mismo quejido que hacía la cachorra, pero nadie la vio. Las pocas veces que la viuda pasa por el almacén, mantiene una tristeza discreta y digna que todos ponderan en el barrio.

LA VIDA ENTRE LAS PIEDRAS

Ania abrió la verja del jardín que separaba la casa de campo y el monte. Desde que llegaron con sus padres y su hermano menor, no había parado de llover. La pileta tenía un color verdoso y opaco, había charcos de barro por todo el jardín y el camino estaba lleno de piedras y ramas caídas. Odiaba estar encerrada, le habían prohibido que volviera a jugar a las muñecas con Mati o que lo disfrazara de mujer. Qué va decir tu papá si lo ve así, dijo la madre sacándole el maquillaje. Su padre no iba a decir nada, no hubiera notado que su hijo estaba vestido como la princesa de Mónaco o como una geisha del Japón, si todos los días salía a la hora del amanecer y volvía casi de noche. Habían comprado la casa de campo porque a él le gustaba estar cerca de la ciudad para ir al negocio, mientras la familia estaba de vacaciones.

—Mirá, qué gracioso: ellos de vacaciones y yo trabajando —decía en las reuniones familiares, con esa risa forzada que siempre hacía delante de sus primos.

Pero jugar con Mati a las muñecas no era lo único que le habían prohibido. “Tampoco vuelvas a corretear por el monte”, la retó su madre. En el verano anterior, se había ido por la puerta trasera hacia el río como siempre, pero las crecidas habían tapado el abra de nogales y ella agarró por una senda que se volvía cada vez más empinada. Se dio cuenta que estaba perdida cuando empezó a oscurecer y las hojas de los árboles goteaban. Se sentó en un peñasco y se quedó en cuclillas, abrazando sus rodillas, porque hacía frío. Un par de horas después, el jardinero la encontró con una linterna en la mano. Cargó a Ania como si fuera una niña pequeña. Cuando llegaron a la casa, el padre ya había llamado a la policía. Su madre le dio un sermón que duró hasta la medianoche. Que no tenía conciencia de lo que había hecho, de lo mucho que ella, su madre, se había preocupado (porque quien daba los sermones,

prohibía los juegos y castigaba era ella, su madre). Frotándose la frente con dos dedos, le decía que toda la familia estuvo en vilo por ella. “Estar en vilo”, ella imaginaba a su madre como una equilibrista caminando sobre una cuerda floja y que al más mínimo soplado podía caerse. La imaginación de Ania hacía aquellos juegos, mientras su madre le hablaba. Su hermano estaba sumergido en un juego con legos y su padre miraba la ventana como si estuviera afuera de la sala. Al final, le prohibió salir al monte y como último golpe le dijo que “ya estaba grande para estas cosas”. Grande para corretear en el río, para jugar a las muñecas, para tener un amigo imaginario, para intentar escapar del encierro obligado de cada verano. Grande para todo aquello, pero no lo suficiente para quedarse durante el verano en lo de la abuela o con una de sus mejores amigas. Encima, no paraba de llover. Ania sentía que la casa se llenaba de moho, un moho verde avanzaba por debajo de las puertas, entraba por los cuartos, ocupaba el baño, salía por las canillas, invadía las camas y tomaba de las pantorrillas a su madre. Ya no aguantaba más estar encerrada, por eso esperó a que la lluvia parase y salió de la casa camino al abra.

Dejó la verja como estaba para que nadie la siguiera. Agarró por el camino lleno de charcos y espinos hacia el río. Sumergió una de sus zapatillas en una mezcla de agua estancada y musgo. Sacudió la pierna para quitarse la suciedad; trató de limpiarse con unas hojas de una enredadera, pero las manchas marrones y verdes ya habían camuflado su pantalón. Se dijo que no importaba, le podía echar la culpa a Mati, que salió corriendo cuando ella le había dicho que no, ella lo siguió y ¡zás! se resbaló.

Ahora tenía que seguir antes de que la lluvia empezara de nuevo. Tenía que encontrar a Crespín en el abra de los nogales. Fue él quien le enseñó que esos árboles eran nogales y los de más allá, olmos. Era su mejor amigo en todo el mundo y lo visitaba cada vez que venía a la casa de campo. Él entendía cuando Ania imitaba la voz de la madre, recién levantada de la siesta, que le decía que ya era grande para esto, para aquello y para todo lo divertido. Crespín se reía con ella.

Llegó a la vera del río, que estaba bravo, buscó la parte más angosta para cruzarlo, donde había unas piedras que servían de puente. Dio saltitos entre piedra y piedra. Llegó a la otra orilla, se agarró de los helechos y arbustos para no caer y siguió por el camino más angosto. Dobló hacia la izquierda y se agachó para esquivar las ramas de un molle. Echó a correr, porque sentía que

iba a llover de nuevo. Las ramas le rasparon la rodilla y le dejaron marcas rectas de barro en la remera.

Llegó agitada al pie del monte, el abra tenía una pirca que usaba para sentarse. Se acomodó, estiró las piernas y llamó a Crespín por su nombre.

La primera vez que lo vio, Crespín era solo una piedra, casi redonda, gris con una grieta en el medio. Con una rama tiznada que encontró en el piso, le dibujó rulos negros. Le hizo unos pies peludos, una narizota y una sonrisa a la que le faltaba un diente. En el medio de la grieta, le puso una pluma que había encontrado en el camino como un penacho. Le decía Crespín por el jopo enrulado que caía sobre los ojos. Cuando Ania sacaba los juguetes de la casa, él hacía de comensal en la mesa de té, cura en el casamiento de las muñecas y árbitro en las carreras de autitos. Se transformó en el amigo especial de las vacaciones, al que encontraba para huir del encierro de la casa de campo. El primer verano después del nacimiento de Mati, Ania buscó a Crespín todas las tardes. Al principio, antes de hablar con él necesitaba dibujarle de nuevo los ojos, la boca, poner la pluma en su lugar. Después imaginaba todo: las reacciones de Crespín, los gestos que arrugaban la piedra y la sonrisa a la que le faltaba un diente.

Con el tiempo, Ania también le dio una historia: Crespín era el último de una especie que vivía en lo profundo del bosque, se alimentaba lamiendo musgo y comiendo raíces. Dormía la mayor parte del año y despertaba en verano, justo cuando ella llegaba con su familia. Crespín tuvo un padre, una madre y un hermano menor, como Ania, que desaparecieron cuando empezaron a construir las casas alrededor de La Quebrada. Los obreros confundieron al padre de Crespín con un peñasco ordinario y construyeron con él el puente en la casa de los D'Andradea. El resto de la familia huyó hacia lo profundo del bosque, pero Crespín no pudo seguirlos porque se había quedado dormido. Desde ese momento, él vivía escondido en el abra y solo podía mostrarse a ella, que también era parte de una especie única que se estaba extinguiendo. Por eso se entendían bien. Cuando Mati cumplió dos años, el juego preferido de Ania y Crespín era buscar a los verdaderos padres de Ania. Ella imaginaba que una pareja de aventureros (ella bióloga y él arqueólogo) se habían internado en lo profundo de La Quebrada en busca de una civilización perdida y que habían sido apresados. Los sacerdotes de la civilización los habían tomado prisioneros para que no rebelaran el secreto de su ubicación.

Imaginaba con Crespín que sus padres reales tuvieron que abandonarla, dejaron a su amada hija en una cesta sobre el río, que bajó hasta donde doblan las aguas. Entonces su madre sustituta (la madre de Mati) la había encontrado y, al verla tan linda, tan linda, decidió criarla como suya. Sostener tanta mentira profundizaba las migrañas de su madre.

Cada tarde, ellos inventaban una historia distinta de los padres reales de Ania que estaban en el medio de la selva. La bióloga y el arqueólogo planeaban su escape, atravesarían el río cuesta abajo hasta la casa de campo, donde tocarían el timbre. Ella abriría la puerta, porque su madre sustituta siempre estaba encerrada en el cuarto. Allí, los reconocería por el pelo castaño y lacio, los ojos grandes del padre y esa manera de hablar tan propia de Ania, como si las palabras se pisaran los talones entre ellas y por la que su madre sustituta le decía que parecía tartamuda. Ella iría a vivir con sus verdaderos padres a una casa del árbol en el medio del monte, donde Crespín podría visitarlos cuando él quisiera. Crespín le había dictado un mapa de los caminos para entrar a lo profundo del monte. Él conocía los recovecos, la dirección a las cascadas y cuevas que rodean al río en la parte alta de La Quebrada. Ania nunca intentó avanzar más allá de los alambrados que estaban a dos o tres kilómetros, siguiendo el camino de los nogales. La detenía un sentimiento de culpa al alejarse tanto de la casa de campo. Cuando se aburría de imaginar la historia de la bióloga y el arqueólogo, diseñaba los planos de la casa del árbol.

Una vez le comentó a su madre (la sustituta) la existencia de Crespín. Mati ya había cumplido cuatro años y habían hecho una fiesta con los primos del padre. Ania ayudó a poner la mesa, se rio de los chistes tontos que le hacía el tío Gringo y jugó a las escondidas con los hijos más grandes del tío Alberto. El clima de fiesta y vivaracho de su madre había convencido a Ania de que este era el momento para contarle todo. La ayudó a llevar los vasos y platos a la cocina y, cuando estuvieron solas, le dijo que tenía un amigo secreto en el bosque.

—¿Cómo? —le dijo la madre.

Ania describió a Crespín.

La madre se quedó callada con un vaso enjabonado en la mano.

—Lo único que te pido es que no hables de él... justo ahora —le contestó mirando en dirección a la mesa familiar.

Los pedidos de su madre siempre eran “los únicos”: lo único que te pido, un solo favor, una sola orden. Cada semana había una nueva y única petición. Cuando le contó a Crespín todo lo que había sucedido, él entendió perfectamente que su familia no quisiera saber de él. Al fin y al cabo, por esa razón, él permanecía escondido en el abra.

El año que los médicos diagnosticaron las migrañas a su madre, Ania se dio cuenta que Crespín, además de un buen compañero de juegos, la escuchaba con atención. Aquel verano la “única petición” de su madre había sido que ayudara en la casa, barriera el living, pasara el haragán cuando la lluvia entraba por debajo de las rendijas de las puertas, limpiara los platos con Mati y, básicamente, se hiciera cargo de las tareas de la casa. Su padre siempre la felicitaba antes de volver a la ciudad, “ya te podés casar”, decía. Cuando Ania terminaba de secar los platos, dejaba uno por uno en el secador, salía por la puerta trasera y se iba hasta el abra en busca de Crespín. Como la madre pasaba las horas de la siesta encerrada en la habitación, Ania tenía libertad para irse sin que nadie la molestara. Si no se ensuciaba demasiado, incluso nadie se daba cuenta de que se había ido.

Había pasado un año desde la última vez que se vieron, Ania quería empezar a contarle lo que había sucedido la semana pasada, la mañana después que llegaron a la casa de campo. Quería decirle que ya no pensaba en escaparse y vivir en una casa del árbol en el monte, sino irse con la abuela al departamento en el centro. Pero su madre no la dejaba. Cuando llegó al abra, había empezado a chispear.

En el suelo, al lado de la pirca, encontró dos troncos chamuscados, que habían sido un fuego. Tomó una de las ramas tiznadas y sintió que debía apurarse. Dibujó los brazos y los pies como había imaginado la primera vez. Con precisión le hizo la boca, una sonrisa simple, prolija, una nariz chata, recta y todos los dientes en fila. Mientras buscaba la pluma para poner en el centro de la abertura, miró a Crespín, casi listo, y se dijo que ahora dibujaba mucho mejor que antes. En el tronco de uno de los nogales, encontró colgando una orquídea del aire que sería perfecta como penacho. La tomó y la puso entre ceja y ceja.

Lo abrazó.

Crespín sostenía la sonrisa, que empezaba a correrse por los goterones que

filtraban los árboles. La miraba fijo, con los ojos negros y grandes, y el penacho de orquídea que se movía por el viento. Entonces, Ania le contó que la mañana del martes descubrió una manchita entre las sábanas y el pantalón del pijama. No hubiera significado nada si Mati no la hubiese descubierto. Él empezó a gritar, riéndose de que se había hecho encima. La madre salió del cuarto y Ania se vio obligada a mostrar la mancha del pantalón y a escuchar lo que había escuchado tantas veces en el colegio, con sus compañeras y la maestra. Al final, la madre le prohibió que vuelva a bañarse con Mati y le dijo que ahora era una señorita para andar con las tonterías de siempre.

El ruido del viento se dilatava por toda el abra, Crespín apenas podía mantener los ojos abiertos por la lluvia. Ania tenía el pelo mojado y la remera empapada. Cerró los ojos para limpiarse las gotas que le corrían por la cara y al abrirlos vio la boca, los brazos y los pies corridos de Crespín, como una mancha amorfa en la piedra que, ahora, ya no era Crespín sino una piedra gris, con una grieta en el medio y una rama de orquídeas diminuta que se movía por la brisa. Se dijo que ya estaba grande para esto.

Con el puño de la remera, borró los ojos que seguían nítidos. Después tomó el camino de ripio en dirección a la casa de campo, pensando cómo le explicaría a la madre que se había ensuciado tanto.

LA OBRA DE MASTROVERDI

A través del teléfono, Mastroverdi escuchó la voz chillona y regordeta del secretario de cultura, de una provincia o municipio, que lo invitaba a la inauguración de una biblioteca barrial. El solo hecho de haber interrumpido el rito que Mastroverdi se había impuesto, ya era motivo de agradecimiento. Hubiera recibido con igual entusiasmo un sondeo televisivo, la oferta de un seguro de sepelios o un secuestro exprés siempre y cuando el llamado lo sacara de la concentración carcelaria que se autoexigía. Por supuesto, aceptó. Dio un rodeo sobre la importancia de las bibliotecas barriales, origen de cualquier vocación literaria y qué honor ser parte de los descubrimientos literarios de los jóvenes lectores del interior. El secretario decía que sí con voz escolar, los valores literarios de las provincias y municipios son poco tenidos en cuenta. Después, Mastroverdi escuchó las cuestiones administrativas sobre los pasajes y la estadía en el hotel. Cuando cortó, supuso que había encontrado una excusa perfecta, un evento literario que no implicaba la tarea cada vez más penosa, extenuante y sin sentido de escribir.

El llamado del secretario había interrumpido el rito calculado de Mastroverdi. A mitad de la tarde, café con leche en mano, música baja, libros de consulta sobre la mesa (un diccionario de sinónimos y antónimos, una crónica detallada de la invasión de Estambul en el siglo XV), se sentaba a escribir. No se levantaba de la silla hasta que se cumplían tres horas. Tres sonaba un número completo y suficiente, dos horas hubiera condenado a su escritura al mismo nivel de un hobby y cuatro le sugerían el artificio de media jornada laboral. Cada día hacía lo mismo, pasaba horas balbuceando en el teclado, a veces siguiendo las consignas que él daba a sus alumnos en el taller literario, otras veces continuaba con la esperanza de que en la siguiente oración una idea iluminadora ordenara el movimiento de los personajes. Lo

cierto era que Mastroverdi no escribía nada desde hacía años. Es decir, ese conjunto de palabras escritas, que salían de él, no concretaban los elementos de lo que gustaba llamar una obra.

Los términos obra y autor lo seducían por su contundencia y le recordaban la diferencia entre escribir y redactar. Esa oposición la trabajó mil veces en el taller. Todo el mundo podía redactar, de eso se encargaba la escuela, pero ¿quiénes podían escribir? Sabía que cuando un escritor hacía esa pregunta se refugiaba en un espacio exclusivo que lo separaba de una *mayoría redactora* y lo elevaba a una categoría secreta y única de *escritores*. Sin embargo, en el punto más privado de su conciencia esa pregunta se volvía contra sí: Mastroverdi podía redactar, ¿podía escribir?

En algún lugar de la biblioteca, los libros publicados le daban cuatro o cinco motivos para que la duda se mantuviera cubierta, pero no lograban disiparla.

Si bien era cierto que no escribía hacía años, eso no lo detenía a seguir publicando. Primero fueron sus artículos compilados, después una serie de conferencias que dio en universidades norteamericanas (siempre ávidas, siempre ansiosas) y por último, un diccionario de palabras sobresdrújulas (“verdadero aporte sonoro del castellano”). Había empezado el diccionario como un intento de superar la trabazón y volver a escribir. Ver el diccionario publicado y las reseñas positivas en uno o dos suplementos culturales, lo habían dejado de nuevo frente a la obligación de mantener una obra. En ese momento, diseñó el rito oficinesco como una forma de obligarse a escribir, pero también de flagelarse por no hacerlo.

En los términos de obra y escritura, el divorcio le sentaba bien. Detuvo el ruido de la nena gritando por el pasillo y redujo el tamaño innecesario del departamento. No necesitaba más que dos cuartos. Uno para la cama y sus agregados (velador, ropero) y otro para el escritorio y la biblioteca que había rescatado de Lucrecia. Lo que tenía era suficiente para escribir sin distraerse. Todo uso del tiempo debía restringirse en dos sentidos: uno, escribir y el otro, acumular experiencias para escribir. Llamaba a todo el resto (levantarse, preparar el café, ir al supermercado, poner la música baja): *el tiempo administrativo*. Esos actos anodinos no formaban parte de la acumulación de la experiencia ni merecían ser narrados, salvo para producir un efecto de cercanía con el lector.

Soñaba con una literatura que se escribiera a sí misma, que fuera escrita por un sistema autosuficiente, aislado, como un satélite que orbitara la tierra enviando textos desde la estratósfera. Una literatura sin cuerpo ni intromisión. Una literatura no humana. Se lo dijo como chiste a Sprum, un colega de su generación que publicaba una novela cada tres o cuatro meses. Se reunía con él los martes a la noche para cenar en un bodegón de Congreso. Sus encuentros omitían toda discusión literaria (algo que consideraban un rasgo iniciático) para ir rápidamente al cotilleo. Después de contarle su idea, Mastroverdi esperó la carcajada, pero la carcajada no vino. En cambio, Sprum levantó los ojos del plato de ravioles y le preguntó si podía utilizar la idea en su siguiente novela.

Lo que me faltaba, se dijo, darle una idea a Sprum.

El día de la ceremonia, Mastroverdi se levantó temprano e inició mentalmente un cuento sobre los preparativos que iba a realizar: “A mitad de la noche, prendió la luz del velador para revisar el reloj, sintió una mínima emoción al descubrir que todavía faltaban cinco minutos para la hora de levantarse. Disfrutó la calidez de la cama y después fue al baño. Entre las marcas grises del espejo reconoció que estaba viejo”. ¿Por qué iniciaba a la mitad de la noche? ¿Qué hilo de misterio debía tener un hombre que se levantaba a la mañana? La palabra mínima le parecía desafortunada, ¿quién podía decir que una emoción era mínima o máxima? Definitivamente, el personaje no. Aquel hombre al que le quedaban cinco minutos más para sumergirse en la cama debía estar satisfecho y hasta aliviado. Además, la frase final era exagerada y pretenciosa, solo funcionaría en un texto que se extendiera un párrafo y concluyera en esa expresión.

Lo cierto es que Mastroverdi había descubierto su propia vejez muchos años antes, cuando comprobó que los artículos de literatura contemporánea empezaban a omitir con insistencia su nombre. Él, de todos modos, pensaba que el deseo de ser escritor era un deseo adolescente, pueril, que lo mantenía en una edad intermedia, la misma que gozan astronautas, bomberos y los que escriben. ¿Escritores o los que escriben? Ambos términos se diferenciaban en un sentido profundo, al fin y al cabo la marcha hacia la estación de colectivos, las horas invertidas para llegar al pueblo de la biblioteca lo ratificaban como escritor: ese ser que confirma la existencia de las bibliotecas de las

provincias y municipios. Estiró las piernas en el micro. Las horas que faltaban sirvieron para que Mastroverdi continuara su meditación sobre las diferencias entre ser escritor y una persona que escribe. Concluyó que después de tantos años, un matrimonio y ritos calculados, la literatura le debía algo, por lo menos, una profesión.

Había tenido varias ideas, pero no podían ser narradas (ese era el problema de las ideas). Ninguna de ellas tenía el peso de sus primeras recopilaciones de cuentos o su primera novela, que entró en circulación por el beneplácito de la crítica al verlo tan joven. Las ideas, que siempre quedaban en potencia, le dejaban una sensación cristalina que se extinguía en la primera línea: “Gutiérrez le sostuvo la mirada, mientras intentaba esconder el brillo de su ojo biónico”, “La pesca del esturión es complicada en invierno” o “Cerraba los ojos y todavía escuchaba la voz de su madre que le aconsejaba que, en la ciudad, se consiguiera una buena chica”. Cada una a su manera abría un mundo que a Mastroverdi no le interesaba narrar. Ni por la historia, ni por el lenguaje, pero fundamentalmente porque no alcanzaba ese punto que se siente en la primera línea, señalando cuando se está frente a una narración memorable. Entonces, pensó en Baudelaire, Kafka, Sábato y los atormentados por la literatura. Algo que lo fue adormeciendo, hasta que por la ventanilla vio las chapas despintadas de la estación del pueblo.

Este hombre es su voz, pensó Mastroverdi cuando vio al secretario de cultura. Comprimido en un metro cincuenta, era comparable a un perro obeso y nervioso. El secretario lo definía como un autor excelso, un representante de los valores de las provincias (algo que Mastroverdi había dejado de representar desde que se fue de su ciudad) y otras expresiones que parecían sacadas de las portadas en una mesa de saldos. ¿Cuánto se podía decir sobre tres o cuatro libros? Le agradeció sus palabras y le preguntó dónde estaba la biblioteca. El secretario dijo que no era lejos, podían ir caminando desde la oficina de cultura o en cinco minutos en taxi, y le presentó a su asistente: un muchacho joven, que estudiaba magisterio en la capital de la provincia. Cuando el secretario le dio la palabra, el asistente hizo un largo discurso que repetía los dos o tres capítulos críticos que se habían escrito sobre Mastroverdi, representante de la tradición secreta de la literatura del pensamiento. El secretario lo interrumpió a las dos minutos y le dijo que

debían irse para no llegar tarde a la ceremonia.

El edificio de la biblioteca ocupaba una casona antigua en lo que debió ser un casco de estancia, en el límite del pueblo, donde empezaban los campos sembrados. Dos salones, uno de autores internacionales, otro de autores nacionales y un patio interno. Las sillas de plástico apuntaban a una tarima improvisada, donde Mastroverdi asumió, sería la presentación. El público se reducía a diez o quince personas: todos viejos. Mastroverdi inspeccionó los libreros y pensó en las categorías que dividen a la Literatura de la Historia, las Manualidades y la Pesca. Sintió el olor a pintura, a edificio inaugurado y a libros de segunda mano. Pensó que los libros olían a humedad, a polvo y encierro, un olor pastoso que queda impregnado en los dedos, olor a viejo, y que ese era un problema de la literatura.

La tarima cedió cuando Mastroverdi tomó el micrófono y empezó un discurso sobre el valor de las bibliotecas públicas. Los diez o quince jubilados que abarcaban el público lo miraban a punto de aplaudir. ¿Qué querrán de mí? Se preguntaba Mastroverdi, mientras contaba un relato sobre las dos bibliotecas que tenía el barrio de su infancia. ¿Qué clase de confirmación necesitarán de mí? Ambas bibliotecas fueron el origen de su formación como escritor (“en ese momento, no existían los talleres”) y cada una de las dos tenía una manera de interpretar la literatura. La primera (la más cercana a su casa) tenía un cartel que decía “No hacer ruido”, junto a una ilustración de un dedo índice que pedía silencio. La segunda ofrecía un concierto de guitarra los martes, así que implícitamente autorizaba el ruido. En la diferencia entre los lectores silenciosos y los lectores que hacen ruido (discuten, pelean, escuchan música) hay dos maneras de pensar la literatura. Cuando recién empezaba con sus primeras letras (¿primeras letras?), comprendió que el valor de la literatura era que se oponía al silencio y al encierro. Tenía que estar ante un público a punto de dormirse, porque insistía en ser escritor, aunque fundamentalmente escribir lo agotase.

Mastroverdi interrumpió su propio discurso en la frase que decía que una biblioteca de barrio es siempre una sorpresa. Entonces lo aplaudieron y él dio por concluida la presentación.

El secretario de cultura se puso de pie para recibirlo cuando bajaba de la tarima. Lo felicitó por el discurso y le agradeció su presencia. Mastroverdi

recibió los saludos de algunos de los señores del público.

El secretario quería mostrarle una sala interna donde estaban los nombres de los autores nacionales grabados en un estencil, cuando un viejo se puso de pie y cruzó a Mastroverdi. El aspecto de aquel hombre lo hizo sospechar. ¿Cree que este es el momento para empezar a escribir? ¿Para contar la “experiencias de su vida”? ¿O dejar “por escrito sus memorias para que lean sus nietos”? La edad correcta para empezar a escribir es la adolescencia por la soberbia. Después viene lo obvio, el descubrimiento paulatino de que todos los seres humanos somos fundamentalmente iguales, reiterativos y aburridos hasta el paroxismo. No hay expresión de un alma incomprendida, no hay una personalidad atormentada, no hay memoria ni vidas extraordinarias que merezcan ser narradas. Solo un artefacto único, cerrado sobre sí mismo, producto de quién sabe qué maquinaria que acaba por agotarse.

El hombre le entregó un cuaderno con hojas mecanografiadas, con el título “Historias a la luz de un fogón”. Mastroverdi pensaba que el problema de su literatura era envejecer, acumular años sin dejar de ser un escritor joven, sin superar la instancia iniciática. La culpaba a ella, a Lucrecia, porque lo había envejecido, un matrimonio te vuelve viejo y ahí estaba su vejez convertida en un manojito de hojas mecanografiadas con olor a tinta (¿quién escribía a máquina en este siglo?). El secretario le indicó que tenían que irse, debían cerrar el salón. Solo quedaban él, el secretario, su asistente y aquel viejo que lo miraba esperando que respondiera una pregunta que Mastroverdi no llegó a escuchar, porque estaba sumergido en la imagen de sí mismo que se reflejaba en aquel viejo.

—¿Lo va a leer?

Él dijo que sí, como si prolongara el discurso sin el micrófono. El viejo caminó hacia la puerta y salió. Antes de irse, Mastroverdi pidió al secretario uno de sus libros.

—¿Qué libro?

—Uno de mis libros. Cualquiera.

El secretario lo miró como si estuviera en pleno examen. Chequeó una y otra vez en el salón de autores nacionales, se fijó en los anaqueles de internacionales por si los encargados se habían confundido. No hubo caso, en la biblioteca no había ningún libro de Mastroverdi. Con un movimiento rápido y nervioso, el asistente buscó en su portafolio y sacó una antología de cuentos

con el nombre de Mastroverdi en relieve.

—Le iba a pedir que me lo firmara—le dijo.

Él le agradeció el gesto y los tres caminaron hasta la puerta de su hotel.

El secretario le había recomendado la plaza principal que tenía un arreglo de petunias, las hortensias que parecían una pelota de flores en aquella época del año y una pérgola. Mastroverdi dejó la habitación a la mañana y bajó hasta el lobby con su libro en la mano. Se apoyó de espaldas sobre el mostrador, cuando lo vio: allí, sentado en el único sillón de la recepción, con la expresión de haber esperado por horas, el viejo tenía la misma cara de entusiasmo con la que le había entregado el manojito de cuentos. Entonces Mastroverdi pidió al recepcionista un balde y una caja de fósforos.

—¿Un balde?

Mastroverdi volvió a afirmar. El recepcionista, con cara de no entender, se dio vuelta para hablar con uno de los bedeles. Después, sin preguntar, le dio las cosas con la condición de que se las devolviera después de usarlas.

—Venga conmigo —dijo Mastroverdi al viejo y lo agarró de un brazo. Salió del hotel y caminó en dirección a la biblioteca. El viejo miraba el piso alarmado para no caerse, mientras el escritor le repetía que esta era la única lección que podía darle. Llegaron a la esquina desde donde se veía la fachada de la biblioteca. La calle estaba despoblada. Entonces, el escritor puso el balde en el piso, tiró el libro adentro y prendió un fósforo.

—¿Qué hace? —dijo el viejo mientras se apoyaba sobre una pírca.

—Una lección de escritura.

LOS SUPLICANTES

Somos cuatro sentados en la escalinata de esta iglesia. Cuando alguien pasa, extendemos las manos y en conjunto pedimos “por favor, es solo para comer”. Algunos dicen que utilizamos su dinero para emborracharnos y por eso tenemos las narices coloradas y la piel enferma. Pero yo les juro, es solo para calmar esta hambre que no se combate fácilmente.

Cuando alguno de nosotros recibe una moneda, se la pasa al que menos comió. Entonces él o ella la mira y siente el metal. Cuando está seguro de que nadie nos está mirando, se da vuelta para ocultar su cara y se lleva la moneda a la boca. El zinc y el cobre son los peores metales, pero sirven para sobrevivir. Nos acostumbramos a comer a escondidas después de la primera vez que nos echaron de un pueblo. Unos hombres habían dejado caer unos objetos de plata cerca de los peldaños y nosotros nos lanzamos para atrapar y tragar el metal con rapidez. Los hombres pisaron nuestros dedos, nos agarraron de los hombros y nos obligaron a escupir lo que estábamos masticando. Después se lo contaron al cura y él nos obligó a alejarnos de la iglesia diciendo que éramos unos ladrones. Durante años fuimos de pueblo en pueblo para sentarnos afuera de las iglesias y mendigar por estos metales horribles. Nuestra piel, que en algún momento fue brillante, se llenó de manchas y se tornó gris.

Antes vivíamos en una casa que nos brindaba el pueblo. Al mediodía, un guardia nos presentaba en la plaza, un sacerdote se arrodillaba ante nosotros y nos ofrecía bandejas llenas de objetos relucientes. Nosotros devorábamos delante de la gente reunida que aplaudía. Entonces el sacerdote aseguraba que el día iba a ser brillante como nuestra piel. Finalizado el rito, volvíamos a la casa que estaba cerca del centro del pueblo. No salíamos hasta la tarde siguiente. El resto del día lo pasábamos en el patio interior, rodeado por las

cuatro habitaciones. En el centro, había una fuente que siempre estaba colmada de metales preciosos.

Aunque los guardias se encargaban de vigilar nuestra puerta, nunca fueron verdaderamente necesarios. Salvo una noche que se encontraron unas pintadas en los muros frontales. Nunca supimos qué decían, pero alguien nos contó, casi al pasar, que ciertas personas en el pueblo pasaban hambre; otras pensaban que no deberían regalarnos el oro como lo hacían.

Decidimos no prestarles atención y el rito fue el mismo durante las semanas siguientes. La gente nos admiraba e incluso dejábamos que algunos nos tocaran la piel. Al cabo de un tiempo, el sacerdote pidió que volviéramos a la casa tan pronto como terminásemos, decía que cada vez había más ladrones en el pueblo y nosotros éramos el bien máspreciado que tenían.

También disminuyeron las porciones de metal que nos ofrecían en público. Volvíamos apurados para comer lo que nos dejaban los guardias, con un hambre espantosa. El oro es fácil de reconocer en la boca. Tiene un sabor fresco y se derrite en la garganta, la plata es aterciopelada y dulzona; en cambio los metales menores son duros para morder y ásperos. Las aleaciones no pueden ocultar su sabor amargo, el oro se vuelve pastoso y ácido. La fuente al principio solo tenía metales puros, pero de a poco fuimos reconociendo las aleaciones. Al principio pensamos que era solo una equivocación y que pronto uno de los guardias vendría a pedirnos disculpas.

Cada vez resultaba más difícil saciarnos. Sentía cómo mi estómago temblaba cuando, en público, el sacerdote nos ofrecía solo una o dos medallas. Pero comer lo que nos servían en la casa del pueblo era peor.

El bronce hizo que brilláramos con menos intensidad. Nuestra piel se volvió opaca y se llenó de lunares y marcas oscuras. El sacerdote sugirió que hiciéramos el rito solo una vez por semana, para que la gente no se aburriera de nuestro milagro. Las semanas siguientes solo esperábamos que llegara el día para presentarnos. Pasábamos las tardes mirando la fuente, casi vacía.

Pronto reconocimos que el bronce no era tan malo. Una tarde, la fuente apareció colmado de chapas y cables: nos miramos sin tocar la comida. Le pregunté al guardia de turno qué sucedía, por qué nos traían esto. Él contestó que no era un buen momento para nadie, que incluso él solo comía arroz y papa. Tragar los metales fue difícil, pero más aún ver cómo nuestra piel dejaba el último brillo para tomar un color apagado y doloroso.

La última exhibición nos llenó de vergüenza. Los hombres no se detuvieron a mirarnos y el sacerdote solo habló del pecado y la tentación que empobrecían al pueblo. Nada fue brillante. El sol cruzó sin repetirse sobre nuestros cuerpos, algunos niños nos señalaron mientras devorábamos, pero también ellos se fueron.

Pasó poco tiempo hasta que fuimos expulsados de la casa, dijeron que ya no éramos necesarios y que la administración del pueblo necesitaba nuevas oficinas. Incluso, parecía que los guardias ya no nos reconocían. Nosotros nos quedamos con la ropa puesta sin saber qué hacer o a dónde ir. Los cuatro nos sentamos juntos en un callejón, donde estuvimos por varios días esperando que alguien nos entregara un pedazo mínimo de metal pero nadie se detuvo. Empezamos a buscar entre la basura, algún despojo, anillos perdidos, pequeñas cadenas, lo que fuera. Pero nunca eran suficientes.

No nos alejamos de la plaza central. Con las rodillas temblando, vimos cómo la gente dejaba monedas en el altar de la iglesia. Los cuatro nos sentamos en la escalera. La más vieja de nosotros vio a unos hombres entrando una caja de plata y objetos que relucían; sentí la vibración de su estómago. Ella miró la caja y le dijo “por favor, solo un poco”. Sin prestarle atención, continuaron avanzando, pero uno de ellos se tropezó y dejó caer una de las cajas. La plata cayó ante nosotros y fue entonces cuando ocurrieron los golpes, las acusaciones y la expulsión.

Pasamos por todas las iglesias de los pueblos cercanos. A veces, volvíamos a algún lugar donde ya habíamos estado sin que la gente se acordara de nosotros. Hasta que llegamos a este pueblo que podría ser el mismo en el que éramos reverenciados. Ya han pasado años y sería imposible reconocer los cambios. Podemos escuchar al cura dando misa, repitiendo *secula seculorum* y despidiendo a los feligreses.

Nos preparamos para pedir a los que van a salir. Una niña con una cadena diminuta pasa por al lado, rogamos, ella se da vuelta para dejarnos una monedita. Un hombre, que muestra sonriendo sus dientes cubiertos de metal precioso, sale apurado sin dejarnos nada. Una señora vestida con una blusa blanca que acentúa los anillos y pulseras, intenta pasar por el medio. Nos estiramos tratando de acariciar las pulseras. Ella busca desesperada en su cartera, entre los cuatro rogamos “por favor, por favor, algo para comer, para comer”. Ella encuentra unas monedas y las tira al piso. Nos inclinamos para

buscarlas y la señora se libera, empujando con una pierna. Dice que somos unas bestias brutas.

El cura está cerca de la puerta con una túnica rojo sangre y bordados de oro. Las personas que lo saludan se han quedado en silencio viendo cómo forcejeaba la señora de las joyas. El cura les dice que estos son días de fiesta para todos, incluso para los más pobres. Busca de sus bolsillos un billete que estira despacio para mostrarlo a todos diciendo “el Señor está con los más necesitados”. Se acerca y le da el billete a la más vieja de nosotros. Ella extiende su mano y descubre un filamento plateado en el papel. Con precisión divide el billete en varios pedacitos y los tira en las escalinatas, procurando mantener el filamento entre sus dedos y lo guarda. Toda la gente está callada, nos miran y después miran de reojo al cura. Él frunce el ceño, nosotros tratamos de sonreír mientras extendemos lentamente las manos. “Salgan de aquí”, dice el cura, “si no reconocen la bondad, váyanse y no vuelvan más”.

LA CACERÍA

Muy estimado doctor, he adjuntado esta carta al primer remito. En él encontrará vestigios fósiles, huesos que fueron parte de la mandíbula de un homínido, un fémur de gliptodonte con la punta de lanza clavada a la altura de la rótula, un cráneo -que es la joya de nuestro envío- y herramientas primitivas con signos de la acción del fuego: pruebas de la hipótesis que viene persiguiendo y de nuestro trabajo más fiel. Usted disculpará la verborrea, pero los temas más altos inspiran las palabras elevadas. Cuando el hombre de ciencia se encuentra con el poeta, surge la historia y eso es lo que necesita esta joven Nación. Los yacimientos del desierto, que se extiende como un manto de roca y viento hacia el sur, vieron llegar a dos hombres decididos a desentrañar la tierra para que contara su secreto, ese que ahora usted observa con satisfacción. Los indicios de que los homínidos surgieron en estas latitudes (como usted supuso) son inexorables, aquellos hombres de ciencia que defienden las soledades del África o la China lejana como la cuna y origen del caminante bípedo, se hacen llamar científicos sin hacer caso a la razón: la cultura surgió en los ojos de quienes vieron la extensión de la llanura, el lenguaje de quien repitió el sonido del viento que hace que los árboles crezcan de costado y el fuego de aquellos que alguna vez compartieron las pampas con los mamíferos gigantes que usted conserva en su colección. El ser humano caminó erguido por primera vez en la extensión sin límite del desierto. Y no fue fácil, doctor, conseguir los restos que hoy siente con conmoción entre los dedos. Mi hermano Tadeo y yo seguimos el designo y la palabra empeñada aquella tarde, cuando nos invitó a la oficina de gobierno (las letras doradas de sus volúmenes *La Antigüedad del Hombre* brillaban en los anaqueles) y nos dijo que dar una conciencia a este pueblo exigía intrepidez al científico y cultura al hombre intrépido. Ya sabe cómo es Tadeo, doctor, él quería ver el

pago sobre la mesa del escritorio y empezar cuanto antes los preparativos de nuestro viaje. Gracias a él, unos pocos días en la ciudad bastaron para que los caballos estuvieran listos, con provisiones y lo necesario para los meses que habríamos de pasar en el desierto. Usted nos explicó que todo hombre de ciencia tiene sus enemigos y por eso intentaré una descripción de nuestro viaje sin darle la ubicación del yacimiento para que sus enemigos no puedan adelantarse.

Todavía son pocos los hombres que se aventuran a habitar estas regiones, donde las tolderías marcaban a fuego y sangre la vida hace tan solo una década. Algunos campesinos viven separados por varios kilómetros de distancia y por momentos parece que hay un silencio que se extiende hasta la cordillera. En los distintos pueblos que visitamos escuchamos las voces confusas de aquellos que, recién llegados al país, marchan hacia el sur, pensando que la tierra es generosa y no conocen las dificultades de la vida en el desierto. Nos alistamos en un pueblo a la orilla del Río Colorado, de allí emprendimos el viaje, siguiendo los ríos internos como habíamos acordado aquella tarde en su oficina, cuando usted nos explicó los fundamentos de su teoría y Tadeo quería ver la paga. Los ríos que otorgan acceso al agua para riego y transporte son las brújulas del hombre primitivo, que siguen su curso para encontrar el camino. Lo he aprendido de sus palabras, doctor. Llegamos a un pueblo donde Tadeo sugirió que pasáramos la noche y yo aproveché para entrevistarme con los lugareños en el almacén. Era un bodegón oscuro, mal provisto de alimentos y repleto de alcoholes. Los lugareños no hablan gratuitamente, hay que invitarlos a beber un vino amargo que fabrican ellos y los patrones venden. Son hombres rústicos que no conocen los esplendores de este siglo que empieza a brillar en los confines del mundo. Algunos reaccionaban con malas caras, se codeaban entre ellos al ver el sello de la oficina y nos trataban como los “boludos del gobierno”, si me disculpa la expresión. El cantinero servía una copa de vino, mientras nosotros escuchábamos a un cantor que tocaba una guitarra en el fondo. La autoridad en estos pueblos es apenas un enviado que, después del primer mes de trabajo, vende su uniforme para seguir emborrachándose con los vecinos. En esa pocilga encontramos al encargado, que se reía diciéndonos: “en las cosas que anda el gobierno para mandar a un par de boludos a buscar huesos”. Sabe

cómo es Tadeo, doctor, no pudo soportarlo.

Los siguientes días los pasamos en esa fonda, que nos servía para recolectar información. Una tarde, llegó un hombre que decía haber escuchado sobre nuestra expedición y dijo que conocía una cantera con huesos del tamaño de un perro, a la que se llegaba después de varios días de cabalgata. Tenía las cejas pobladas y el rostro curtido por el sol. Habló con mi hermano y yo fingí poco interés hasta que el hombre aventuró la idea de que podría llevarnos a cambio de una suma, que él consideró módica. Conoce a mi hermano, doctor, sabe muy bien que él no va a dejarse tomar el pelo. Discutimos. Al principio parecía que mi hermano y él terminarían a las piñas, como dicen por esos pagos, pero después acordamos una suma que convenía a los tres. Bebimos y el hombre pasó a llamarse Paulo y tuvo una historia para contar entre sorbo y sorbo. Había servido en las campañas del desierto y reconocía la firma de las cartas que llevábamos. Los nombres de los generales no se olvidan fácilmente nos dijo y contaba que uno de sus hermanos murió estacado.

Recordé la historia del hermano de Paulo esa noche, porque dormimos en la parte de atrás de la fonda, donde el dueño alquilaba unas habitaciones con dos catres. Las pieles de ovejas apiladas una sobre otra, que servían de colchón, estaban infestadas de pulgones que no me dejaron conciliar el sueño. Paulo nos había citado a la mañana siguiente, dio indicaciones a mi hermano sobre los víveres a comprar, así que pasamos la noche insultando por lo bajo a aquel hombre aindiado y con la mirada dura del cual dependía el futuro de nuestra expedición. Tadeo compró lo elemental para el viaje y ni bien se vieron las primeras luces en el horizonte, Paulo apareció con aliento a vino y sin ganas de explicarse. Tadeo se resistía a seguir las órdenes de un hombre que no nos daba ninguna certeza para la investigación, pero pronto debimos reconocer que conocía la zona. Un poco de vino que ofreció sirvió para calmar a Tadeo.

A veces pienso que hay algo en la mirada que vuelve evidente la evolución, la naturaleza hizo algunos hombres más cercanos a las bestias, hay quienes añoran y recuerdan con deseo la vida libre y sin preocupaciones del animal. Otros que solo se sienten realizados por el reconocimiento de sus pares y la conversación sofisticada en los pasillos de la universidad como usted lo sabe, doctor.

Aquel hombre no reconocía nuestro natural instinto para la ciencia y constantemente le daba órdenes a Tadeo, que reaccionaba como un potro a punto de lanzar al jineteo. Pero la importancia de nuestra misión, nuestra devoción a la tarea que usted nos explicó en la oficina de gobierno, duplicaron nuestra paciencia. Marchamos todo el día y al anochecer hicimos campamento en las cercanías de un arroyo. Paulo se fue a dormir y nos dijo que todavía estábamos muy lejos, iba a ser necesario otra jornada, o quizás más, de viaje.

Encendimos un fuego y descansamos. Por pura intuición científica, mi hermano encontró un yacimiento de donde provienen aquellas ramas chamuscadas que encontrará debidamente catalogadas. Las hallamos en torno a unos montículos de piedras que formaban una apacheta. Su antigüedad es obvia, las ramas pertenecen a un tipo de árbol que no puede ubicarse en la región (seguramente cundía en otros tiempos).

Después de recuperar estas muestras, nos acostamos. Paulo nos despertó al otro día para seguir camino al yacimiento que nos había prometido. La región es inmensa y el viaje agotador. Paulo y Tadeo avanzaban codo a codo, como adheridos entre sí, por el miedo de mi hermano a que este hombre nos dejara varados en el medio del desierto. Algo que, al final, sucedió.

¿Cómo explicarle, doctor, que a esas horas el cielo parece estirarse, y uno tiene la sensación de que las estrellas son las que están marchando? Yo sospechaba que estábamos caminando en círculos cuando encontramos los parantes partidos de un potrero, las pieles de un toldo en el suelo y los huesos al costado de las leñas. Esa noche, Paulo estaba hablador, como si al ver que teníamos las cartas del gobierno, se convenciera que nosotros merecíamos ser víctimas de su historia. Paulo nos señalaba los toldos partidos y explicaba que aquí se había librado una batalla cuando él formaba parte del ejército. Uno de los malones había vuelto después de atacar la frontera y habían tenido un festín la noche anterior. El capitán del batallón dio la orden de atacar cuando los indios varones estaban durmiendo o gozaban de sus mujeres. Señalaba los huesos delicados y decía que habían pertenecido a niños que el batallón había asesinado. Sé reconocer la antigüedad cuando veo los vestigios y aquellos tenían las marcas de los años y siglos transcurridos, que negaban las historias insultantes de Paulo. Le pedí que nos detuviéramos y realicé mediciones del peso y largo, y concluí que pertenecían a un animal pequeño, quizás

prehistórico, que había servido de alimento al hombre primitivo de las llanuras. Paulo se emborrachó al anochecer y no paró de hacer burlas por mis anotaciones. Cacareaba y se reía, cacareaba y se reía. Usted sabrá apreciar los fémures y llegar a la misma conclusión que muestra la antigüedad de los alimentos y las herramientas precarias que utilizaban en los tiempos remotos cuando el hombre empezaba a ser hombre.

Marchamos a la mañana hasta una gruta donde hicimos campamento. Marchar cuando el día empieza a despuntar tiene una ventaja. Uno siente que las estrellas son parte de una entidad más alta que guía al hombre hacia el futuro. Mientras continuábamos nuestro viaje, yo sentía lo que debe haber sentido el hombre primitivo al ver por primera vez las estrellas, ese sentimiento de lejanía y de ser el protagonista privilegiado para quien brillan.

Aquella no fue la única vez que Paulo habló de la guerra. Parecía empecinado en recordar los tiempos que había sido soldado conscripto y repetía todos los relatos que pueden decirse en contra de nuestra joven Nación. Las tropas del norte mataron niños y ancianos; las del sur violaron a las mujeres. Recordaba una historia (que seguramente escuchó durante la calidez de la borrachera) sobre un batallón que envenenó una ballena encallada en las remotas playas australes. Sin precauciones, los salvajes comieron la carne infestada y murieron uno tras de otro. Cuando acampábamos, se movía alrededor del fuego como si fuera un salvaje moribundo que intentaba defenderse del veneno. Yo lo dejaba delirar, al fin y al cabo, necesitábamos de su guía. Pasamos varios días, acampando en el desierto, sin encontrar ninguno de los yacimientos que él había prometido; apenas unas puntas de flecha, que se encuentran catalogadas en la parte inferior del remito. Intentaba superar la ansiedad dibujando los animales que componen la biología de las Pampas, tatú carretas y pichiciegos, que tanta curiosidad despiertan entre los europeos.

Las provisiones empezaban a escasear y Paulo parecía empecinado en llevarnos a los lugares donde habían sucedido los enfrentamientos con los salvajes. Sus expresiones se volvieron cada vez más despectivas hasta que mi hermano -conoce a mi hermano, doctor- le dio una trompada y lo agarró del cuello. Le pidió que le explicara hacia dónde carajo (me disculpará la expresión) estábamos marchando y qué iba a hacer con nosotros. El hombre no le contestó, intentó zafarse y con la mano derecha le mostró un facón. Tadeo

sabía muy bien que no ganaríamos nada si se trezaban, así que decidió calmarse y dijo que nosotros avanzáramos, mientras él terminaba de levantar campamento.

Paulo y yo continuamos en silencio, cuando decidimos parar hasta el otro día. Mi hermano apareció cuando Paulo ya se había ido a dormir y me pidió que no haga ruido. Un grupo de aguiluchos nos miraba de costado con las garras sobre un espino. ¿Vio esas aves de cerca, doctor? ¿Reconoce el signo ancestral de su mirada? Con mi hermano Tadeo nos movimos para hablar alejados de nuestro acompañante. Dejamos el campamento las suficientes horas como para que Paulo se fuera con los pocos víveres y los pesos que pudo robarnos. Nuestra tienda estaba destrozada por los pisotones del caballo de Paulo.

Pero, de alguna forma, su huida fue una bendición. Como si los descubrimientos científicos reconocieran a los hombres que pueden aprovecharlos, nuestra suerte cambió cuando Paulo nos robó y desapareció. Esa misma tarde, encontramos los huesos de las mandíbulas y el fémur de un gliptodonte con las marcas de una herramienta punzante que habrá pertenecido al primer hombre. La colección de huesos, que encontramos a los pocos metros detrás de nuestro campamento, habrán pertenecido a un hombre de contextura fuerte y que superaba el metro y medio de estatura. Tiene el peso y las características del hombre moderno, sin embargo, las cejas y la forma de la mandíbula coinciden con su descripción del hombre primitivo que surgió en las Pampas. Los rasgos aindiados y los globos oculares profundos permiten adivinar su mirada: una mirada parca, dura, que ha visto las estrellas en la inmensidad.

Si bien Paulo huyó con todo lo que teníamos, dejó los dos caballos, quizás como una forma de compasión. Esa mañana, cargamos los huesos, hicimos las catalogaciones y nos marchamos. Gracias a la pericia de mi hermano logramos encontrar un camino hacia el pueblo más cercano.

CRUZAR LA AUTOPISTA

La autopista se extendía brillante ante los ojos de Mirlo, que inspeccionaba cada objeto desde las ventanillas del micro. Veía la Torre Conectora, las vías de accesos, las autopistas de varios niveles en una partitura de concreto que avanzaba y salía de Capitalia. Mirlo empezó a enumerar el nombre de las conexiones en voz baja, como un mantra que servía para aplacar sus nervios. Podía reconocer las calles en los carteles y recitar de memoria las rutas que una semana atrás había empezado a recorrer. Mirlo lo presentía, así comenzaba una historia de superación. Se veía a sí mismo volviendo a Tierra Adentro como un exitoso hombre del negocio de los neumáticos o, quizás, un profesor de la Universidad Transitante.

—Ahí tenés tu Capitalia, nene —la voz del chofer interrumpió la imagen de Mirlo, que volvía al pueblo manejando un sedán de cinco puertas. Sentado en la orilla de la escalinata que comunicaba la cabina del chofer con el primer piso del micro, él aceptaba los comentarios con la condición de ver la ciudad. El resto de los pasajeros dormía en el piso de arriba, desde donde llegaba la música de un arroyo. Esa era una política de la empresa de trasbordos que, según decía uno de los panfletos, incentivaba el sueño. Mirlo no había dormido desde la última estación, no quería perderse ni un segundo el espectáculo de la ciudad que se abría delante de él.

—Decime qué te puede gustar de este lugar —le dijo el chofer.

Mirlo había tenido que tomar tres micros, un tren rápido y un camión de carga para salir de Tierra Adentro y ahora sentía que las palabras del conductor eran una prueba más para llegar a Capitalia.

—Acá no se puede vivir —dijo el chofer, que examinaba a Mirlo por el espejo retrovisor—. Mirala bien, nene, en esta ciudad nadie vive bien.

Mirlo se agachó para esquivar la cortina de pana y ver por el parabrisas la

ciudad. Él creía que el chofer lo había hecho adrede, había esperado la hora justa de la tarde para entrar por la Autopista Oeste, cuando el sol lanza un estallido de colores entre los vidrios espejados de los autos, las torres de peaje y el manto del río. El viento de la tarde había dispersado las nubes de polución y se veía nítida la Torre Conectora, centro de Capitalia, que reunía como la cabeza de un pulpo autopistas, ingresos y peajes. El atardecer brillante confirmaba la esperanza de Mirlo. Después de semanas de viaje, estaba allí. Nada podía salir mal.

El chofer le regalaba esta postal para que él la grabara a fuego en su cerebro. Por eso, no lo interrumpió, dejó que continuara su prédica de inseguridades, falta de oportunidades y abatimiento que “componen la vida de todo capitalino”. Mirlo sabía que los dos se oponían en algo fundamental: la ciudad es el infierno de la velocidad o el paraíso de la autosuperación de un muchachito débil, nervioso, que se perturbaba cuando un desconocido le preguntaba su nombre. No había grises ni tonalidades. Tan solo una sensación que se lleva en el cuerpo y te hace amar u odiar a Capitalia. Y allí, Mirlo advertía en lo profundo de su estómago que se había enamorado de la ciudad, de ese retrato que se proyectaba en el parabrisas, mientras continuaba el parloteo del chofer.

—Una vida sin descanso, nene. Imagínate no parar un segundo. No sabés cómo es vivir acá.

Una semana atrás, uno de los camioneros de Tierra Adentro le había dicho la misma frase “no sabés cómo es la vida allá”. Él conocía todos los informes tremendistas que pasaban en la televisión y había leído todo lo que estuviera a su alcance sobre la ciudad, las autopistas y cómo llegar desde Tierra Adentro. Los camiones aparecían en la época de la cosecha y desaparecían tan rápido como habían venido. Mirlo tuvo que sobornar a uno de los camioneros para que lo llevara fuera del pueblo. De pocas palabras, el camionero solo apuntó a decirle que “cada vez están más jodidos con las migraciones” y lo dejó en las afueras de Conexión 23, donde los controles eran más laxos. Allí, podía tomar un tren rápido para Nódulo Norte y buscar las conexiones para llegar a Capitalia. Los micros iban cambiando de tamaño a medida que se acercaban a la ciudad, el número de pisos ascendía y se volvían cada vez más complejos y sofisticados. El último tenía varios acoplados, dos niveles, sistema de purificación y pasaba música para dormir a los pasajeros.

Ahora la imagen de la ruta interminable se extendía, daba varias vueltas en círculos y mecía a Mirlo hasta hacerlo cabecear del sueño.

—Además, ¿qué pito vas a tocar en Capitalia sin auto? —Mirlo se despabiló, el chofer había dado en la tecla, el punto más débil del plan que no estaba resuelto. Le contestó que un primo le había ofrecido su auto, porque iba a mudarse a un compacto familiar: la esposa estaba embarazada y ellos buscarían algo más grande donde vivir más cómodos los tres. Mirlo podía utilizar el auto de soltero hasta que consiguiera un trabajo y se comprara el suyo. Escuchar la historia, que sonaba tan verosímil, lo satisfacía como si fuera cierta.

—¿Y de qué pensás laburar en Capitalia? —la respiración del chofer se confundía con el ruido del sistema de purificación. Una pantallita marcaba un índice en letras rojas.

A Mirlo le hubiera gustado decirle “voy a hacer la mía”, un gesto de valor para mostrarle al chofer que no valía la pena seguir discutiendo. Eso pensó, pero en cambio, dijo con la voz nerviosa de siempre un tímido “ya veré”.

—“Ya veré” ...— repitió el conductor— ¿Decime que no pensarás terminar en un peaje?

Mirlo se quedó callado. Vio por la ventana el borde de concreto de la autopista. En los niveles inferiores los autos deportivos, familiares, colectivos de trabajo se acoplaban y desacoplaban en un baile: el fluir constante de Capitalia.

Mirlo fue uno de los últimos jóvenes que dejaron Tierra Adentro. Antes de él, el menor de los Giuliani se había ido a Nódulo Sur para trabajar en una de las purificadoras. A partir de ese momento, Mirlo vio cómo el pueblo envejecía con rapidez. Sus vecinos se iban transformando, las vértebras de sus columnas se encorvaban y sus frentes se arrugaban como un cuero al sol. Pronto, casi todo el pueblo necesitó andadores para caminar. Al viejo Giorgino lo encontraron muerto en la puerta de su casa, parado como una estatua.

A veces la televisión satelital pasaba documentales sobre los “últimos pueblos sedentarios”, donde la vida seguía siendo a pie y asentada en un solo lugar. Las imágenes reproducían Tierra Adentro, mientras Mirlo se imaginaba

a sí mismo en Capitalia. Esa sensación de verse duplicado en la pantalla de la televisión hizo que se decidiera. Por eso, le contestó que no al menor de los Giuliani cuando le propuso que lo acompañara a Nódulo Sur, le dijo que su madre lo necesitaba.

La madre de Mirlo, después de la muerte de su esposo, optó por la vía menos esforzada de detenerse: el mutismo. Lo hizo de a poco, cada día restaba una palabra y una sílaba a la extensión de sus frases.

—Buen día, vieja.

—Buen...

—¿Cómo te levantaste hoy?

—...

Mirlo registraba cómo su madre se sumergía en el silencio, contaba las palabras que decía en un día, hasta que sus respuestas se volvieron simples exclamaciones que parecían hechas por un animal. Los días de su madre se resumían en levantarse, caminar con el andador hasta el sillón del living, encender el televisor y ver las repeticiones de las carreras de caballos. Entre carrera y carrera, pasaban un tango.

Mirlo esperó que una de las carreras de caballos terminara para explicarle la decisión a su madre.

—Le dije a la viuda de Giorgino que me avise, si te pasa algo.

—...

—Ni bien tenga un teléfono, te llamo.

—...

Al ver los ojos de su madre, como un disco hecho de cenizas, se convenció de que irse era lo mejor. No podía llevarla, ni detenerse junto a ella. Más aún, si pensaba llegar hasta Capitalia. Le besó la frente y salió de casa.

Aprovechó la última cosecha para irse. Había reunido algo de plata con los trabajos en el almacén -Mirlo era el único que podía cargar y descargar los sacos de harina, alcanzar las latas en lo alto de las repisas- y se fue cuando el camionero aceptó llevarlo. En Conexión 23 compró un mapa con el tendido de trenes, micros y rutas que iban a Capitalia y pasó los días estudiando el camino que debía seguir.

Mirlo ató la cortina de pana para que no volviera a taparle la vista.

Después de calcular por días las conexiones, estaba en la ciudad. Iba a llegar a la Torre Conectora y, de allí, solo tenía que buscar el primer peaje que lo recibiera (“Siempre necesitan gente; pero hay que bancarse la vida encerrado”, le había contado un hombre obeso sentado en la butaca del frente en el tren rápido de Conexión 23). El chofer había tomado por una de las laterales, así que la panorámica de la ciudad aparecía en uno de los costados. Frenó en un semáforo, la cola de autos que se amontonaban no dejaba ver el concreto debajo. Mirlo revisó los autos de varios pisos, con familias enteras recién levantadas, un par de oficinistas llevando, de un lado a otro, carpetas en la mano. La sensación de estar detenido en un lugar donde solo se puede acelerar lo ponía nervioso. El chofer tocó la bocina y abrió la ventanilla:

—Muévanse —gritó, mientras se filtraba un aire seco, arenoso. Mirlo escondió la tos.

—Ves. Ni te aguantás dos segundos el aire. ¿Qué vas a hacer acá?

El chofer dobló en la siguiente colectora y aceleró por uno de los niveles inferiores. Mirlo se sostuvo contra una de las paredes y volvió a sentarse en la escalinata. Solo podía ver la ruta en un túnel de concreto que se prolongaba con luces artificiales. Suponía que estaban por Zona Este y que tardarían una hora, quizás menos, en llegar hacia la Torre. Se detuvieron en un peaje, el chofer estiró la mano para dar un par de monedas al empleado detrás de la ventanilla del peaje.

—Pobre pibe —dijo el chofer. Mirlo vio al empleado a través de la ventana: cara impasible y estriada como la tierra seca, obeso hasta el límite de la redondez. El chofer continuó por una circunvalación que iba en ascenso, cambió de carril donde una flecha luminosa indicaba “Hacia el Centro”.

—Vas a tener que subir para agarrar tus cosas. Cuando lleguemos a la estación no tenés tiempo para demorarte —le dijo.

Mirlo sintió que había estado practicando para este momento. Se paró y vio por última vez a través del parabrisas. Reconoció a lo lejos una de las entradas a la Torre, entre los portones que se conectaban a la autopista. Ya estaban cerca. Subió al piso superior, tomó aire y buscó su bolso en una de las guanteras, mientras escuchaba por los parlantes la voz distorsionada del chofer. Faltaban pocos minutos para detenerse, la compañía no se responsabilizaba por los objetos que dejaran los clientes al momento de la expulsión, ni tampoco por si alguno de ellos se detenía más del tiempo

estimado. Mirlo buscó su bolso y lo sostuvo con fuerza. Cuando el micro se acopló en uno de los portones de ingreso, se paró ante la puerta de salida y el chofer lo saludo a través de la ventanilla con dos dedos en la sien.

Mirlo puso el pie en la planta baja de la Torre y una estampida de pasajeros, que se había amontado detrás de él, lo empujó hacia delante. El micro arrancó de inmediato, cuando todos habían bajado. Los pisos de la Torre se multiplicaban en un espiral hacia la cúpula de vidrio por la cual entraba la luz del sol. Él sintió que por fin estaba allí, en el centro, parado entre las multitudes que bajaban de los autos y micros y corrían a la siguiente conexión en un movimiento constante que, Mirlo sentía, había sido sincronizado para que él lo viera. Su fascinación iba en ascenso, como las pantallas hacia el centro de la cúpula, que anunciaban una marca de neumáticos aprobados por una modelo, aceites refrigerantes y pastillas para dormir que aseguraban la “estabilidad de toda familia”. Se vio, como si fuera un pájaro, entrar por uno de las ventilaciones de la cúpula y recorrer los pisos en picada desde el techo hasta donde estaba parado. El aire filtrado se mezclaba con una corriente seca que entraba a través de las compuertas.

—¿Qué hace detenido? —Mirlo salió de su visión de un salto.

—No puede estar detenido —Dos hombres con uniformes daban vueltas alrededor de él, la única persona que estaba quieta en toda la estación.

—¿Cuál es su conexión? —la voz de uno de los uniformados se perdía en el movimiento en círculos. Los dos rodeaban a Mirlo.

—No puede estar detenido.

—¿Dónde están sus credenciales de transitante? —mientras uno hablaba, el otro lo interrumpía. Mirlo no sabía a cuál de los dos dirigirse, ni en qué dirección hablar. Los uniformados dibujaban círculos alrededor de él. Empezó a caminar hacia uno de los carteles que decía Barrio Oblicuo, los dos uniformados lo rodeaban sin tocarlo.

—Camine más rápido.

—¿Por qué se detiene?

—¿Cuál es su conexión?

Él no sabía qué decir, de repente su plan se había quedado en blanco. Había visto desde la ventanilla del micro que uno de los peajes estaba cerca. Pero, ¿en qué dirección y cómo llegar a él?.

—¿Dónde está su auto?

Mirlo se detuvo frente a una de las compuertas que se abrían y cerraban. La corriente de aire lo despeinaba. Podía ver a lo lejos la casilla del peaje, donde los autos desaceleraban para pagar. Allí tenía que llegar.

—Ese peaje... —Mirlo no terminó la frase.

—¿Qué peaje?

—¿Dónde está su auto?

—Muéstreme sus credenciales.

Sabía de la gente que se suicidaba así. Saltaba desde la estación hacia la autopista y moría en el acto, o cuando un colectivo la alcanzaba. Los capitalianos se quejaban porque detenía el tránsito y aislaba una porción de la ciudad hasta que terminaban de limpiar. Siempre le había parecido una forma tonta de morir.

Él no iba a detenerse ahora. Tan cerca. Puso el pie en el cordón y cuando la compuerta se abrió, pegó un salto hacia la autopista. Sintió el golpe contra el concreto, y el aire duro, como un soplo de arena en la cara. Se puso de pie y empezó a correr en dirección al peaje, siguió las líneas blancas y los carteles luminosos, mientras escuchaba los bocinazos de los autos que avanzaban en todas las direcciones.



ACERCA DEL AUTOR

Salvador Marinaro nació en la provincia de Salta en 1988. Es escritor y periodista. Trabajó como docente en la Universidad del Salvador y la Nacional de la Plata. Obtuvo los premios Azucena Villaflor de las Madres de Plaza de Mayo (Línea Fundadora), Filosofía Sub-40 y el Certamen Regional de cuento del Noroeste Argentino, entre otros. Algunos de sus artículos fueron publicados en la Revista Anfibia, Ñ, Viva y La Gaceta Literaria. En el 2010, publicó el libro de poesía *Sinfonía de Mareados*. Actualmente, reside en Shanghái donde cursa un doctorado.